



Ser quien eres

Cómo construir una
personalidad feliz

WENCESLAO VIAL (ed.)

Ser quien eres

Cómo construir una personalidad feliz

*Con el consejo de médicos, filósofos,
sacerdotes y educadores*

Ed. Wenceslao Vial

© 2024 Fundación Studium

ISBN: 978-84-09-61210-9

© Foto portada: Robilad Co (shutterstock.com)

www.opusdei.org

Índice de contenido

AUTORES

PRESENTACIÓN

1. UNA PERSONALIDAD QUE SE IDENTIFIQUE CON CRISTO

La tarea de formar el carácter

Madurez humana y sobrenatural

Un camino hacia la madurez

Contar con la gracia y el tiempo

2. PROTAGONISTAS DE NUESTRA VIDA

Libres y condicionados

Artífices de la propia vida

Un camino para recorrer

Caminar acompañados

Libres para amar sin condiciones

Abandonar pasado, presente y futuro en el Señor

3. EL RECTO AMOR DE SÍ MISMO

Conocer la grandeza de nuestra condición

Preguntarse por los modelos

Autoconocimiento: con la luz de Dios

Aceptación personal: así nos quiere el Señor

Ante el éxito y los fracasos

Obrar con seguridad y saber rectificar

Una virtud indispensable

4. FORMAR EL CARÁCTER EN LA VIRTUD

Para entrar en la Vida

¿Qué me falta aún?

El reto de la formación moral

Los pilares del carácter

La renovación del espíritu

- Fruto del amor
Sin ser perfeccionistas
5. COHERENCIA: EDIFICAR EL ORDEN INTERIOR
El señorío de sí
Para tocar la melodía de Dios
Tomar las riendas de nuestro día
El cultivo del espacio interior
La sabiduría de corazón
6. UNA VIDA EN DIÁLOGO CON LOS DEMÁS
Saber escuchar
Apertura a los demás
Madurez y sentido crítico
La responsabilidad de dar ejemplo
Una lucha de toda la vida
7. EMPATÍA: SENTIR CON LOS DEMÁS
Aprender de Cristo
Caridad, afabilidad y empatía
Caminos para amar la verdad
Apostolado y comunión de sentimientos
Animar a caminar
8. CRECER: UN PROYECTO EN FAMILIA
Dar lo mejor en el hogar es darlo todo
Saber que nos quieren
La genuina autorrealización
La espera y el compromiso
9. LOS DETALLES DEL HOGAR
Respirar un mismo aire
Gracias, por favor, perdón
Una familia que reza unida permanece unida
Del hogar a la periferia
Las familias no están solas

10. LOS DEMÁS Y YO: VERSOS DEL MISMO
POEMA

Con los demás y para los demás

Los dones son para servir

Cercanía

11. ALCANZAR LA IDENTIDAD

Apuntar al centro de la diana

La pauta segura del Padrenuestro

Jugárselo todo a una sola carta

Una identidad sobrenatural

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

AUTORES

Alfonso Aguiló: ha sido director del Colegio Tajamar, en Madrid; es presidente de la Confederación Española de Centros de Enseñanza (CECE). Ha publicado once libros sobre temas de educación y antropología, traducidos a diversos idiomas.

Carlos Ayxelà: sacerdote, licenciado en humanidades y en periodismo, doctor en Filosofía (Université de Montréal). En la actualidad, estudia la obra teológica de Joseph Ratzinger a la luz de la noción de memoria en san Agustín (Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma).

José María Barrio Maestre: doctor en Filosofía. Profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid.

José Benito Cabaniña Magide: licenciado en periodismo y doctor en Teología por la Universidad de Navarra, ha sido capellán de varios Colegios Mayores en Pamplona, Madrid y Valladolid. Actualmente es capellán del Colegio Montealto en Madrid.

Javier Cabanyes Trufino: doctor en Medicina, neurólogo y profesor de Psicopatología en la Universidad Complutense de Madrid.

Juan Ramón García-Morato Soto: médico y sacerdote, doctor en Teología; profesor de Antropología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra; capellán de la Universidad (varias facultades) desde 1985.

Javier Láinez: rector de la Basílica de San Miguel de Madrid. Licenciado en Derecho en la Universidad Complutense y doctor en Filosofía. Durante más de 20 años ha trabajado en tareas educativas en diferentes colegios y centros de enseñanza.

Javier Sesé: es sacerdote, licenciado en Matemáticas y doctor en Teología. Profesor de Teología espiritual en la Universidad de Navarra desde 1985.

Rodolfo Valdés: sacerdote, doctor en Filosofía. Investigador en el área de Ética y Formación de la persona.

Wenceslao Vial: profesor de Psicología y vida espiritual en la facultad de teología de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma; sacerdote y médico, doctor en Filosofía.

[Volver al contenido](#)

PRESENTACIÓN

Narra la historia que los piratas que azotaban el mediterráneo en tiempos del imperio romano eran duramente reprimidos. Pompeyo Magno fue encargado de acabar con ellos, pero les trató con humanidad. La alabanza que aquellos bandidos le dirigían en tono adulator, y ciertamente interesado, era: «mientras más actúas como hombre, más te asemejas a los dioses». Con la distancia de siglos nos ayudan estas palabras a pensar en nuestra existencia: lo primero para forjar un buen carácter es actuar como seres humanos. Sólo sobre esta base puede surgir una personalidad madura. Sobre los cimientos de un carácter recio y amable, es posible construir una rica vida espiritual de la que muchas otras personas se van a beneficiar.

Este libro surge de un grupo interdisciplinar, con el fin de dar ideas para la formación de la personalidad^[1]. Entre los autores destaca la variedad de intereses y campos de estudio, que enriquecen el contenido. Teólogos, filósofos, sacerdotes, médicos, educadores, psicólogos... aportan lo propio de su ciencia y experiencia. Se abordan los rasgos de un carácter maduro, privilegiando los aspectos de vida interior y sentido común cristiano. Aunque las situaciones descritas y las explicaciones abarcan circunstancias muy variadas, los textos están pensados de manera particular para los que atraviesan momentos cruciales del desarrollo de la personalidad, por encontrarse entre los 15 y 30 años (adolescentes y adultos jóvenes), y para quienes de un modo u otro están implicados en su formación.

Desde el desarrollo de una semilla en tallos hojas y frutos, al movimiento de los astros y la disposición de las galaxias, todo en el universo sigue unas reglas precisas. También sorprende la extraordinaria similitud en los procesos humanos en las distintas razas y culturas. Al enumerar los signos de madurez de la personalidad, observamos que bien se podían mostrar con un orden alfabético. Este fue el orden que escogimos para la estructura del libro que presentamos.

El primer texto, introductorio, explica qué es la personalidad, qué se entiende por madurez y temperamento. Se presentan algunos rasgos positivos, con referencia a Cristo como modelo y a la fuerza transformadora de la gracia en el tiempo. Nos apoyamos en el convencimiento de que la madurez no es «sólo el desarrollo de algo ya contenido en el código genético»; y de que «la prudencia, el buen juicio y la sensatez no dependen de factores meramente cuantitativos de crecimiento, sino de toda una cadena de elementos que se sintetizan en el interior de la persona; para ser más exactos, en el centro de su libertad»^[2].

Sigue una secuencia lógica de artículos que abordan otros signos de madurez, reflejados con las primeras letras del abecedario. *Autonomía* y sana dependencia que nos hacen sentir libres y responsables, con una misión o proyecto, conscientes de que muchas cosas grandes dependen de nosotros. *Autoestima* de quienes se saben hijos de Dios, toleran los pequeños o grandes fracasos, gestionan los éxitos y confían. *Bondad de vida* del hombre que se guía por los ideales y valores, con el ejercicio de la virtud, sin perfeccionismo. *Coherencia* y unidad de vida, según el proyecto personal. *Diálogo* o mantener relaciones cordiales con todos, saliendo de uno mismo, sin limitarse a buscar el equilibrio del Yo. *Empatía* o capacidad de estar en sintonía con los otros, comprenderles, compadecerse, hacer amable

la verdad. Pertenencia a una *Familia*, con espíritu de cooperación y sacrificio, en que hay dedicación de unos por otros y se aprende un estilo propio. Integración a un *Grupo* que nos lleva a servir a los demás y ser acogedores.

El último apartado es cómo una síntesis: la Identidad, saber quiénes somos, conocer el proyecto de la propia vida e intentar identificarse con él, que está presente al principio, durante y al final del proceso de madurez. Da paso al descubrimiento de que el designio de Dios para la mujer y el hombre van más allá de lo humano. La madurez cristiana puede resumirse también alfabéticamente: *Amar el Bien en Cristo*. El proyecto se convierte en una serena lucha por querer a todos, por ser quien uno realmente es..., imprescindible para ser santos: esto es el auténtico amor, porque «algunas veces se habla del amor como si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o un mero recurso para completar egoístamente la propia personalidad. Y no es así: amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse»^[3].

Dejamos en las manos de los lectores estas líneas, con la esperanza de que sean un buen instrumento para conocerse mejor y ayudar con más eficacia a los demás. Cada nota de madurez puede convertirse en una pregunta de examen: ¿voy madurando? Agradezco a los autores el importante esfuerzo reflexivo y de síntesis, así como a todas aquellas y aquellos que han leído el manuscrito y contribuido con sus sugerencias. Carlos Ayxelá y Rodolfo Valdés han tenido un importante papel en la revisión de los textos para darles más unidad. Muchos, como Enrique Prada, han hecho llegar sus aportaciones. Un agradecimiento especial al sacerdote y teólogo Javier Yániz, por su labor de impulso y coordinación.

Wenceslao Vial

Volver al contenido

[1] Las contribuciones aparecieron en www.opusdei.org. Alcanzaron una amplia aceptación y se presentan ahora enriquecidas.

[2] FRANCISCO, Ex. Ap. *Amoris Laetitia*, 19-III-2016, n. 262.

[3] JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 2007 (42^a), n. 43.

1. UNA PERSONALIDAD QUE SE IDENTIFIQUE CON CRISTO

La persona madura desarrolla un proyecto elevado, claro y armónico de su vida

¿Por qué reacciono de ese modo? ¿Por qué soy así? ¿Podré cambiar? Son algunas de las preguntas que pueden asaltarnos. A veces, nos las planteamos respecto a los demás: ¿por qué tiene ese modo de ser?... Vamos a profundizar sobre estas cuestiones, mirando la meta: parecemos cada vez más a Jesucristo, dejándolo obrar en nuestra existencia. Este proceso abarca todas las dimensiones de la persona, que al divinizarse conserva los rasgos de lo auténticamente humano, elevándolos según la vocación cristiana. Y es que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. En él contemplamos la figura realizada del ser humano, pues «Cristo Redentor (...) revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es –si se puede hablar así– la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad»^[1].

La nueva vida que hemos recibido en el bautismo está llamada a crecer «hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo» (*Ef* 4, 13). Si

bien lo divino, lo sobrenatural, es el elemento decisivo en la santidad personal, lo que une y armoniza todas las facetas del hombre, no podemos olvidar que esto incluye, como algo intrínseco y necesario, lo humano: «Si aceptamos nuestra responsabilidad de hijos suyos, Dios nos quiere muy humanos. Que la cabeza toque el cielo, pero que las plantas pisen bien seguras en la tierra. El precio de vivir en cristiano no es dejar de ser hombres o abdicar del esfuerzo por adquirir esas virtudes que algunos tienen, aun sin conocer a Cristo. El precio de cada cristiano es la Sangre redentora de Nuestro Señor, que nos quiere –insisto– muy humanos y muy divinos, con el empeño diario de imitarle a Él, que es *perfectus Deus, perfectus homo*»^[2].

La tarea de formar el carácter

La acción de la gracia en las almas va de la mano con un crecimiento en la madurez humana, en la perfección del carácter. Por eso, al mismo tiempo que cultiva las virtudes sobrenaturales, un cristiano que busca la santidad procurará alcanzar los hábitos, modos de hacer y de pensar que describen a alguien como maduro y equilibrado. Se moverá no por un simple afán de perfección, sino para reflejar la vida de Cristo; por eso, san Josemaría anima a examinarse: «Hijo: ¿dónde está el Cristo que las almas buscan en ti?: ¿en tu soberbia?, ¿en tus deseos de imponerte a los otros?, ¿en esas pequeñeces de carácter en las que no te quieres vencer?, ¿en esa tozudez?... ¿Está ahí Cristo? –¡¡No!! La respuesta nos da una clave para emprender esta tarea: «De acuerdo: debes tener personalidad, pero la tuya ha de procurar identificarse con Cristo»^[3].

En la propia personalidad influye tanto lo que se hereda y se manifiesta desde el nacimiento, que suele llamarse temperamento, como aquellos aspectos que se han adquirido por la educación, las decisiones personales, el trato con los demás y con Dios, y otros muchos factores, que

incluso pueden ser inconscientes. De este modo, existen distintos tipos de personalidades o caracteres –extrovertidos o tímidos, fogosos o reservados, despreocupados o aprensivos, etc.–, que se expresan en el modo de trabajar, de relacionarse con los demás, de considerar los acontecimientos diarios. Estos elementos influyen en la vida moral, al facilitar el desarrollo de ciertas virtudes o, si falta el empeño por moldearlos, la aparición de defectos: por ejemplo, una personalidad emprendedora puede ayudar a cultivar la laboriosidad, con tal de que al mismo tiempo se viva una disciplina que evitará el defecto de la inconstancia y del activismo.

Dios cuenta con nuestra personalidad para llevarnos por caminos de santidad. El modo de ser de cada uno es como una tierra fértil que se ha de cultivar: basta quitar con paciencia y alegría las piedras y malas hierbas que impiden la acción de la gracia, y comenzará «a dar fruto, una parte el ciento, otra el sesenta y otra el treinta» (*Mt* 13, 8). Cada quien puede hacer rendir los talentos que ha recibido de las manos de Dios, si se deja transformar por la acción del Espíritu Santo, forjando una personalidad que refleje el rostro de Cristo, sin que esto quite para nada los propios acentos, pues tan «variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales especialísimas»^[4].

Si bien hemos de robustecer y pulir la propia personalidad para que se ajuste a un estilo cristiano, no podemos pensar que el ideal sería convertirse en una especie de “superhombre”. En realidad, el modelo es siempre Jesucristo, que posee una naturaleza humana igual que la nuestra, pero perfecta en su normalidad y elevada por la gracia. Desde luego, encontramos un ejemplo excelso también en la Santísima Virgen María: en ella se da la plenitud de lo humano... y de la normalidad. La proverbial humildad y sencillez de María, quizá sus cualidades más

valoradas en toda la tradición cristiana, junto a su cercanía, cariño y ternura por todos sus hijos –que son virtudes de una buena madre de familia–, son la mejor confirmación de ese hecho: la perfección de una criatura –«¡Más que tú sólo Dios!»^[5]–, tan plenamente humana, tan encantadoramente mujer: ¡la Señora por excelencia!

Madurez humana y sobrenatural

La palabra “madurez” significa primero estar en sazón, a punto, y por extensión hace referencia a la plenitud del ser. Implica también el cumplimiento de la propia tarea. Por eso, su mejor paradigma lo encontramos en la vida del Señor. Contemplarla en los Evangelios y ver cómo Jesús trata a las personas, su fortaleza ante el sufrimiento, la decisión con que acometió la misión recibida del Padre, todo esto nos da el criterio de la madurez.

Al mismo tiempo, nuestra fe incorpora todos los valores nobles que se encuentran en las distintas culturas, y por eso también es útil retomar, purificándolos, los criterios clásicos de madurez humana. Es algo que se ha hecho a lo largo de la historia de la espiritualidad cristiana, en mayor o menor medida, de forma más o menos explícita. El mundo clásico greco-romano, por ejemplo, que tan sabiamente cristianizaron los Padres de la Iglesia, colocó al centro del ideal de madurez humana especialmente la “sabiduría” y la “prudencia”, entendidas con diversos matices. Los filósofos y teólogos cristianos de aquella época enriquecieron esta concepción, señalando la preeminencia de las virtudes teologales, de modo especial la caridad como «vínculo de la perfección» (*Col 3, 14*), en palabras de san Pablo, y que da forma a todas las virtudes.

Actualmente, el estudio sobre la madurez humana se ha complementado con las distintas perspectivas que ofrecen las ciencias modernas. Sus conclusiones son útiles en la

medida en que parten de una visión del hombre abierta al mensaje cristiano. Así, algunos suelen distinguir tres campos fundamentales en la madurez: intelectual, emotiva y social. Rasgos significativos de madurez intelectual pueden ser: un adecuado concepto de sí mismo (cercanía entre lo que uno piensa que es y lo que realmente es, en la que influye decisivamente la sinceridad con uno mismo); una filosofía correcta de la vida; establecer personalmente metas y fines claros, pero con horizontes abiertos e ilimitados (en amplitud, profundidad e intensidad); un conjunto armónico de valores; una clara certidumbre ético-moral; un sano realismo ante el mundo propio y ajeno; la capacidad de reflexión y análisis sereno de los problemas; la creatividad y la iniciativa; etc.

Entre los rasgos de madurez emotiva, sin ninguna pretensión de exhaustividad, cabría señalar: el saber reaccionar proporcionalmente ante los sucesos de la vida, sin dejarse abatir por el fracaso ni perder el realismo en el éxito; la capacidad de control flexible y constructivo de sí mismo; el saber amar, ser generosos y donarse a los demás; la seguridad y firmeza en las decisiones y compromisos; la serenidad y capacidad de superación ante los retos y las dificultades; el optimismo, la alegría, la simpatía y el buen humor.

Finalmente, como parte de la madurez social encontramos: el afecto sincero por los demás, el respeto a sus derechos y el deseo de descubrir y aliviar sus necesidades; la comprensión de la diversidad de opiniones, valores o rasgos culturales, sin prejuicios; la capacidad de crítica e independencia frente a la cultura dominante, el entorno y el ambiente, los grupos de presión o las modas; una naturalidad en el comportamiento que lleva a actuar sin convencionalismos; ser capaces de escuchar y comprender; la facilidad para colaborar con otros.

Un camino hacia la madurez

Cabría resumir estos rasgos diciendo que la persona madura es capaz de desarrollar un proyecto elevado, claro y armónico de su vida, y que posee las disposiciones positivas necesarias para realizarlo con facilidad. En cualquier caso, la madurez viene como un proceso que requiere tiempo, que pasa por distintos momentos y etapas. Suele crecer de una manera gradual, aunque en la historia personal pueda haber sucesos que impulsan a dar grandes saltos: por ejemplo, la venida al mundo del primer hijo para algunos marca un hito, al caer en la cuenta de lo que implica esta nueva responsabilidad; o, después de atravesar serios apuros económicos, una persona puede aprender a reconsiderar cuáles son las cosas verdaderamente importantes en la vida; etc.

En este camino hacia la madurez, la fuerza transformadora de la gracia se hace presente. Basta una mirada de conjunto a las santas y santos más conocidos para detectar en seguida en ellos los ideales elevados, la certidumbre de sus convicciones, la humildad –que es el más adecuado concepto de sí mismo–, su desbordante creatividad e iniciativa, su capacidad de entrega y amor hecha realidad, su contagioso optimismo, su apertura –su afán apostólico, en definitiva– eficaz y universal. Un ejemplo claro lo encontramos en la vida de san Josemaría, que ya desde la juventud notaba que la gracia había obrado en él consolidando una personalidad madura. Apreciaba en sí, en medio de las dificultades, una estabilidad de ánimo fuera de lo usual: «Creo que el Señor ha puesto en mi alma otra característica: la paz: tener la paz y dar la paz, según veo en personas que trato o dirijo»^[6]. Se le podían aplicar, con toda justicia, aquellas palabras del salmo: «*Super senes intellexi quia mandata tua quaesivi*» (Sal 118): tengo más discernimiento que los ancianos, porque guardo tus

mandatos. Lo que no quita que, no pocas veces, la madurez se adquiere con el tiempo, los fracasos y los éxitos, que entran en el horizonte de la Divina Providencia.

Contar con la gracia y el tiempo

Aunque es posible señalar que en cierto momento una persona ha llegado a una etapa de madurez en su vida, la tarea de trabajar sobre el modo de ser de cada uno se proyecta a lo largo de todo nuestro andar terreno. El autoconocimiento y la aceptación del propio carácter darán paz para no desanimarse en este empeño. Esto no implica ceder al conformismo. Quiere decir, más bien, reconocer que el heroísmo de la santidad no exige poseer ya una personalidad perfecta ni aspirar a un modo de ser idealizado, y que la santidad requiere la lucha paciente de cada día, sabiendo reconocer los errores y pedir perdón.

«Las verdaderas biografías de los héroes cristianos son como nuestras vidas: luchaban y ganaban, luchaban y perdían. Y entonces, contritos, volvían a la lucha»^[7]. El Señor cuenta con el esfuerzo prolongado en el tiempo para pulir el propio modo de ser. Es significativo, por ejemplo, aquello que una persona comentaba a la sierva de Dios Dora del Hoyo hacia el final de su vida: «—Dora: quién te ha visto y quién te ve. ¡Mira que eres otra! Se rió: sabía muy bien de qué hablaba»^[8]. Le había hecho ver cómo, con los años, su carácter había alcanzado una ecuanimidad que conseguía moderar las reacciones de genio. Y es que en esta empresa contamos siempre con la ayuda del Señor y con los cuidados maternos de santa María: «La Virgen hace precisamente esto con nosotros, nos ayuda a crecer humanamente y en la fe, a ser fuertes y a no ceder a la tentación de ser hombres y cristianos de una manera superficial, sino a vivir con responsabilidad, a tender cada vez más hacia lo alto»^[9].

En las siguientes páginas abordaremos diversos elementos que están implicados en la formación del carácter. Señalaremos ciertos rasgos claves de la madurez cristiana. Contemplaremos el edificio que el Espíritu Santo, con la colaboración activa de cada uno, busca levantar en el interior del alma, y consideraremos las características de los fundamentos, qué hacer para asegurar que la estructura sea firme, cómo remediar la aparición de alguna fisura. ¡Qué desafío tan entusiasmante es forjar una personalidad que refleje claramente la imagen de Jesucristo!

Javier Sesé

[Volver al contenido](#)

[1] Juan Pablo II, Enc. *Redemptor Hominis*, 4-III-79, n. 10.

[2] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 2009 (34.^a), n. 75.

[3] Id., *Forja*, Rialp, Madrid 2013 (17.^a), n. 468.

[4] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino* Rialp, Madrid 2013 (86.^a), n. 947.

[5] *Ibíd.*, n. 496.

[6] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Apuntes íntimos*, n. 1095, citado en Andrés Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. I, Rialp, Madrid 1997, p. 560.

[7] *Es Cristo que pasa*, n. 76.

[8] Recuerdos de Rosalía López Martínez, Roma 29-IX-2006 (AGP, DHA, T-1058), citado en Javier Medina, *Una luz encendida. Dora del Hoyo*, Palabra, Madrid 2012, pp. 115.

[9] Francisco, Homilía ante la imagen de *Sancta Maria Salus Populi Romani*, 6-V-2013.

2. PROTAGONISTAS DE NUESTRA VIDA

Autonomía es decidirse por Dios y aceptar su invitación a que escribamos nuestra biografía con él

«Les pido que sean constructores del futuro, que se metan en el trabajo por un mundo mejor. Queridos jóvenes, por favor, no balconeen la vida, métanse en ella, Jesús no se quedó en el balcón, se metió; no balconeen la vida, métanse en ella como hizo Jesús»^[1]. Ante estas palabras del Papa Francisco a los jóvenes, surgen inmediatamente algunas preguntas, que el mismo Romano Pontífice formulaba enseguida: «¿Por dónde empezamos? ¿A quién le pedimos que empiece esto? Por vos y por mí. Cada uno, en silencio otra vez, pregúntese si tengo que empezar por mí, por dónde empiezo. Cada uno abra su corazón para que Jesús le diga por dónde empiezo»^[2]. Para ser protagonistas de los acontecimientos del mundo es indispensable comenzar por ser protagonistas de nuestra propia vida.

Libres y condicionados

Este protagonismo implica reconocer que si bien las circunstancias familiares o sociales influyen en nuestro carácter, no lo determinan de un modo absoluto. Lo mismo cabe decir de los instintos más elementales que provienen de la constitución corporal, y también de la herencia genética: marcan algunas tendencias, pero que se pueden

moldear y orientar con el ejercicio de una voluntad que sigue a la razón bien formada.

Nuestra personalidad se forja en la medida en que libremente tomamos decisiones, ya que las acciones humanas no se dirigen únicamente a cambiar nuestro entorno, sino que también influyen en nuestro modo de ser. Aunque a veces suceda de una manera no muy consciente, la repetición de actos hace que adquiramos ciertas costumbres o adoptemos una postura ante la realidad. Por eso, cuando explicamos el porqué de nuestras reacciones espontáneas, más que decir “es que soy así”, muchas veces tendríamos que admitir: “me he hecho así”.

Tenemos condicionamientos que muchas veces son difíciles de controlar, como la calidad de las relaciones familiares, el entorno social en el que se crece, una enfermedad que nos limita en cualquier sentido, etc. Frecuentemente, no es posible ignorarlos o remediarlos, pero sí cabe cambiar la actitud con la que se enfrentan, sobre todo si somos conscientes de que nada escapa de los cuidados providentes de Dios: «Es necesario repetir una y otra vez que Jesús no se dirigió a un grupo de privilegiados, sino que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor»^[3]. En cualquier circunstancia, incluso con grandes limitaciones, podemos dar a Dios y al prójimo obras de amor, por más pequeñas que parezcan: ¡quién sabe cuánto vale una sonrisa en medio de la tribulación, el ofrecimiento al Señor del dolor en unión a la Cruz, la aceptación paciente de las contrariedades! Nada puede superar a un amor sin límites, más fuerte que el dolor, que la soledad, que el abandono, que la traición, que la calumnia, que el sufrimiento físico y moral, que la propia muerte.

Artífices de la propia vida

Descubrir los talentos personales –virtudes, capacidades, competencias–, agradecerlos y sacarles el partido posible es tarea de nuestra libertad. Pero hemos de recordar que lo que más estructura la personalidad cristiana son los dones de Dios, que inciden en lo más íntimo de nuestro ser. Entre estos se encuentra, de modo eminente, el regalo inmenso de la filiación divina, recibido con el bautismo. Gracias a esta, el Padre ve en nosotros la imagen –si bien imperfecta, pues somos criaturas limitadas– de Jesucristo, que se hace cada vez más clara con el sacramento de la Confirmación, el perdón transformador de la Penitencia y, especialmente, la comunión con su Cuerpo y su Sangre.

Partiendo de estos dones recibidos de la mano de Dios, cada persona, lo quiera o no, es autor de su existencia. En palabras de san Juan Pablo II, «a cada hombre se le confía la tarea de ser artífice de la propia vida; en cierto modo, debe hacer de ella una obra de arte, una obra maestra»^[4]. Somos dueños de nuestros actos –el Señor «desde el principio, creó al hombre y le dejó en manos de su propio albedrío» (*Sir* 15,14)–; somos nosotros, si queremos, los que llevamos las riendas de nuestras vidas en medio de las tormentas y dificultades.

¡Somos libres! Este descubrimiento se experimenta con algo de incertidumbre: ¿dónde llevaré mi vida?; pero sobre todo con gozo: «Dios, al crearnos, ha corrido el riesgo y la aventura de nuestra libertad. Ha querido una historia que sea una historia verdadera, hecha de auténticas decisiones, y no una ficción ni un juego»^[5]. En esta aventura no estamos solos: contamos, en primer lugar, con la ayuda del mismo Dios, que nos propone una misión, y también con la colaboración de los demás: familiares, amigos, incluso personas que coinciden casualmente con nosotros en algún momento de la existencia. El protagonismo en la propia vida no implica negar que para muchos aspectos somos

dependientes, y si consideramos que esta dependencia es recíproca, entonces también cabría decir que somos interdependientes. La libertad, por lo tanto, no se basta a sí misma: quedaría vacía si no la empleamos para comprometemos en cosas grandes, magnánimas. Como veremos, la libertad es para la entrega o, dicho de otro modo, solo cabe una libertad entregada.

Un camino para recorrer

San Josemaría solía recordar un cartel que encontró en Burjasot (Valencia), poco tiempo después del fin de la guerra civil española, con una frase que no pocas veces citó en su predicación: «Cada caminante siga su camino». Cada alma vive su propia vocación de un modo personal, con sus propios acentos: «Se puede andar por la derecha, por la izquierda, en zig-zag, caminando con los pies, a caballo. Hay cien mil maneras de ir por el camino divino»^[6]. Cada persona es el actor principal de su historia de santidad, cada una tiene su sello distintivo, en la configuración de cualquier faceta de su existencia y de su personalidad, evitando el mero “dejarse llevar” por los sucesos.

«Libremente –como hijos, insisto, no como esclavos–, seguimos el sendero que el Señor ha señalado para cada uno de nosotros. Saboreamos esta soltura de movimientos como un regalo de Dios»^[7]. Esta soltura –soberanía humana– va de la mano de la responsabilidad, del saber que somos “hechura de Dios”: un sueño divino que se hace realidad en la medida en que experimentamos el amor sin condiciones, que pide nuestra respuesta. El amor de Dios afirma nuestra libertad, y la eleva a cotas insospechadas con su gracia.

Caminar acompañados

Dentro de los planes divinos, la vida está hecha para compartirse: el Señor cuenta con la ayuda mutua que se prestan los seres humanos. Lo constatamos, de hecho, cada

día: tantas veces ni siquiera somos capaces de cubrir las necesidades más básicas y perentorias de manera individual. Nadie puede ser completamente autónomo. En un nivel más profundo, cada persona nota esa necesidad de abrirse a alguien más, de compartir la existencia, de dar y recibir amor. «Nadie vive solo. Ninguno peca solo. Nadie se salva solo. En mi vida entra continuamente la de los otros: en lo que pienso, digo, me ocupo o hago. Y viceversa, mi vida entra en la vida de los demás, tanto en el bien como en el mal»^[8].

Esta natural apertura hacia los demás llega a su máxima expresión en los planes redentores del Señor. Cuando recitamos el Símbolo de los Apóstoles, confesamos que creemos en la comunión de los santos, comunión que es la entraña de la Iglesia. Por eso, en la vida espiritual, también es indispensable aprender a contar con la ayuda de los demás, que están implicados de un modo u otro en nuestra relación con Dios: recibimos la fe a través de la enseñanza de nuestros padres y catequistas; participamos de los sacramentos que celebra un ministro de la Iglesia; acudimos al consejo espiritual de otro hermano en la fe, que también reza por nosotros; etc.

Saber que caminamos acompañados en la vida cristiana nos llena de alegría y tranquilidad, sin que disminuya nuestro propio empeño por alcanzar la santidad. Aunque muchas veces nos dejemos llevar de la mano, nuestro papel no se limita a eso. San Josemaría, al referirse a la vida espiritual, manifestaba que «el consejo no elimina la responsabilidad personal». Y concluía: «la dirección espiritual debe tender a formar personas de criterio»^[9]. Por esto, no queremos que nos suplan en las resoluciones que tomamos, ni dejar de poner esfuerzo en las tareas que hemos hecho propias.

Al mismo tiempo que reconocemos la ayuda indispensable de los demás, hemos de ser conscientes de que, en la vida

espiritual es el Señor quien actúa a través de ellos para transmitirnos su luz y fuerza. Esto nos da seguridad para continuar caminando hacia la santidad cuando, por un motivo u otro, faltan aquellas personas que jugaban un papel importante en nuestra vida cristiana. En este sentido, también gozamos de una profunda libertad de espíritu en relación a las personas que Dios ha puesto a nuestro lado, a quienes queremos a través del corazón de Cristo, y cuyo apoyo agradecemos profundamente.

Libres para amar sin condiciones

Los cristianos sabemos que la plenitud personal llega como fruto de la libre y total disponibilidad a los deseos del Amor de un Dios Creador, Redentor y Santificador. Los dones que hemos recibido alcanzan su máximo rendimiento al abrirnos a la gracia de Dios, como confirma la experiencia de tantos santos y santas. Al dejar que el Señor se metiera en sus vidas, supieron ponerse amorosamente a su servicio, como santa María que, en el momento de la Anunciación pronuncia «la respuesta firme: fiat! —¡hágase en mí según tu palabra!—, el fruto de la mejor libertad: la de decidirse por Dios»^[10].

Cuando una persona se decide por Dios, empeña sus sueños y energías en lo que más vale la pena. Se da cuenta del sentido último de la libertad, que no está simplemente en poder elegir una cosa u otra, sino en poder disponer de la vida para algo grande, aceptando compromisos definitivos. Dedicar las propias cualidades a seguir a Cristo, aunque a veces implique rechazar otras opciones, trae la felicidad, el ciento por uno en la tierra y la vida eterna (cfr. *Mt* 19, 29). Refleja también un alto grado de madurez interior, pues solo quien tiene una personalidad con convicciones es capaz de comprometerse de una manera total: «Libremente, sin coacción alguna, porque me da la gana, me decido por Dios»^[11].

Abandonar pasado, presente y futuro en el Señor

El alma que opta por Dios se mueve con una paz interior que supera cualquier tribulación. «Sé en quién he creído» (2 *Tim* 1,12): son palabras que expresan la confianza de san Pablo en medio de las dificultades por ser fiel a su vocación de apóstol de las gentes. Quien pone al Señor por fundamento, goza de una seguridad inquebrantable, y esto le permite donarse también a los demás: viviendo el celibato por motivos apostólicos o en el matrimonio o en tantos otros caminos que puede tomar la existencia cristiana. Es una entrega que abarca presente, pasado y futuro, como rezaba san Josemaría: «Señor, Dios mío: en tus manos abandono lo pasado y lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno»^[12].

Nadie puede cambiar el pasado. Sin embargo, el Señor toma la historia de cada uno, perdona en el sacramento de la Reconciliación los pecados que puedan haber existido e reintegra armoniosamente esos sucesos en la vida de sus hijos. Todo es para bien (cfr. *Rm* 8, 28): incluso los errores que hemos cometido, si sabemos acudir a la misericordia divina y, con la gracia de Dios, procuramos vivir en el presente más pendientes de Él. Así se está también en condiciones de ver confiadamente el futuro, pues sabemos que está en manos de un Padre que nos quiere: ¡quien está en las manos de Dios, cae y se levanta siempre en las manos de Dios!

Decidirse por Dios es aceptar su invitación a que escribamos nuestra biografía con Él. Reconociendo humildemente la libertad como un don, la empleamos en cumplir, en compañía de tantas otras personas, la misión que el Señor nos confía. Y experimentamos con gozo que sus planes superan nuestras previsiones, como decía san Josemaría a un chico joven: «¡Déjate llevar por la gracia! ¡Deja a tu corazón que vuele! (...). Hazte tu pequeña novela: una

novela de sacrificios y de heroísmos. Con la gracia de Dios, te quedarás corto»^[13].

Juan Ramón García Morato

[Volver al contenido](#)

[1] Francisco, *Discurso en la vigilia de oración con los jóvenes*, Copacabana, Río de Janeiro 27-VII-2013.

[2] *Ibídem*.

[3] *Es Cristo que pasa*, n. 110.

[4] Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 4-IV-1999, n. 2.

[5] Josemaría Escrivá de Balaguer, “Las riquezas de la fe”. Artículo publicado en ABC, 2-XI-1969.

[6] Id., *Carta* 2-II-1945, n. 19.

[7] *Amigos de Dios*, n. 35.

[8] Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi*, 30-XI-2007, n. 48.

[9] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 2012 (22.^a y 1.^a crítica histórica, preparada por J.L. Illanes y A. Méndiz), n. 93.

[10] *Amigos de Dios*, n. 25.

[11] *Ibíd.*, n. 35.

[12] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Vía Crucis*, Rialp, Madrid 2010 (35.^a), VII, n. 3.

[13] Id., *Notas de una reunión familiar*, 29-VI-1974 (AGP, biblioteca, P04, p. 45).

3. EL RECTO AMOR DE SÍ MISMO

La autoestima crece al amparo de la humildad con puntos de referencia altos

«Habéis sido rescatados (...) no con bienes corruptibles, plata u oro, sino con la sangre preciosa de Cristo» (1 Pe 1, 18-19). San Pedro recuerda a los primeros cristianos que su existencia tiene un valor inconmensurable, pues han sido objeto del abundante amor del Señor, que los ha redimido. Cristo, con el don de la filiación divina, llena de seguridad nuestros pasos por el mundo. Así lo manifestaba con espontaneidad a san Josemaría un chico: «"Padre –me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central—, pensaba en lo que usted me dijo ique soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, “engallado” el cuerpo y soberbio por dentro ihijo de Dios!" Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la “soberbia”»^[1].

Conocer la grandeza de nuestra condición

¿Cómo entender ese *fomentar la “soberbia”*? Ciertamente, no se trata de imaginar virtudes que uno no tiene, ni de vivir con un sentido de autosuficiencia que tarde o temprano traiciona. Consiste más bien en conocer la grandeza de nuestra condición: el ser humano es la «única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo»^[2]; creado a su imagen y semejanza, está llamado a llevar a plenitud esta

imagen al identificarse cada vez más con Cristo por la acción de la gracia.

Esta vocación sublime funda el recto amor de sí mismo, que está presente en la fe cristiana. A la luz de esa fe, podemos juzgar nuestros logros y fracasos. La aceptación serena de la propia identidad condiciona nuestra forma de estar en el mundo y de actuar en él. Además, contribuye a la confianza personal que disminuye los miedos, precipitaciones y retraimientos, facilita la apertura a los demás y a las nuevas situaciones y fomenta el optimismo y la alegría.

La idea positiva o negativa que tenemos de nosotros depende del conocimiento propio y del cumplimiento de las metas que cada uno se propone. Estas parten, en buena medida, de los modelos de hombre o mujer que deseamos alcanzar y que se nos presentan de modos muy diversos, por ejemplo, a través de la educación recibida en el hogar, los comentarios de amigos o conocidos, las ideas predominantes en una determinada sociedad. Por eso, es importante definir cuáles son nuestros puntos de referencia, ya que si son altos y nobles, contribuirán a una adecuada autoestima. Y conviene identificar cuáles son los modelos que circulan en nuestra cultura porque, más o menos conscientemente, influyen en cómo nos valoramos.

Preguntarse por los modelos

Sucede, en ocasiones, que formulamos un juicio distorsionado sobre nosotros al haber admitido unos criterios de éxito que, de hecho, pueden ser poco realistas e incluso nocivos: la eficacia profesional a costa de cualquier precio, relaciones afectivas egocéntricas, estilos de vida marcados por el hedonismo. Nos podemos sobrevalorar después de algunos logros, que nos parecen reconocidos por los demás; también nos puede suceder lo contrario: infravalorarnos, al no haber alcanzado determinados

objetivos o no sentirnos considerados en ciertos ambientes. Estas valoraciones equivocadas son, en gran medida, la consecuencia de mirar demasiado a quienes califican la trayectoria personal exclusivamente en función de lo que se logra, tiene o posee.

Para evitar los riesgos anteriores, vale la pena preguntarse cuáles son nuestros puntos de referencia en la vida profesional, familiar, social y si estos son compatibles con una perspectiva cristiana de la existencia. Sabemos, además, que en último término el modelo más perfecto, completo y plenamente coherente es Jesucristo. Ver nuestra vida a la luz de la suya es el mejor modo de valorarnos, pues sabemos que Jesús es un ejemplo cercano, con el que tenemos una relación personal —de un yo con un Tú— a través del amor.

Autoconocimiento: con la luz de Dios

Para juzgarse con verdad, es imprescindible conocerse. Esta tarea es compleja y requiere un aprendizaje que, en cierto sentido, no termina nunca. Empieza por superar una perspectiva exclusivamente subjetiva —“según yo”, “según mi opinión”, “a mí me parece”...— para tener en consideración otros pareceres. Si ni siquiera sabemos con exactitud cómo es nuestra voz o apariencia física, y hemos de acudir a herramientas como una grabación o el espejo, ¡cuánto más será indispensable admitir que no somos los mejores jueces para valorar nuestra propia personalidad!

Además de la reflexión personal, conocerse a sí mismo es fruto de lo que nos enseñan los demás sobre nosotros. Esto se consigue cuando sabemos abrirnos a quienes nos pueden ayudar —¡qué gran recurso tenemos en la dirección espiritual personal!—, admitiendo sus opiniones y considerándolas en relación a un buen ideal de vida. En este ámbito también influyen la interacción con quienes nos rodean, las modas y costumbres de la sociedad. Un entorno

que promueve la reflexión favorece el desarrollo de los recursos de introspección; mientras que un ambiente con estilo de vida superficial, limita ese desarrollo.

Conviene, por lo tanto, fomentar hábitos de reflexión y preguntarnos cómo nos ve Dios. La oración es el tiempo oportuno, pues al mismo tiempo que conocemos al Señor nos conocemos a nosotros mismos con su luz. Entre otras cosas, buscaremos comprender los comentarios y consejos que podemos recibir de los demás. En algún caso, nos sabremos distanciar de los juicios de otras personas cuando notamos que los realizan sobre fundamentos poco objetivos, o quizá de una manera poco reflexiva, y sobre todo si juzgan según unos criterios que no son compatibles con el querer de Dios. Hay que saber elegir a quién prestar más atención, pues como dice la Escritura: «Más vale oír reproche de sabio que escuchar alabanza de necio» (Qo 7, 5).

Por otro lado, como todos somos en parte responsable de la autoestima de quienes nos rodean, hemos de esmerarnos para que en nuestras palabras se refleje la consideración por cada uno, que es hijo de Dios. Especialmente si tenemos una posición de autoridad o de guía (en la relación padre-hijo, profesor-alumno, etc.) los consejos e indicaciones contribuirán a reafirmar en los demás la convicción del propio valer, incluso cuando es preciso corregir con claridad. Este es el punto de partida, el oxígeno para que la persona crezca respirando por sí misma, con esperanza.

Aceptación personal: así nos quiere el Señor

Al considerar el propio modo de ser a la luz de Dios, estamos en condiciones de aceptarnos como somos: con talentos y virtudes, pero también con defectos que admitimos humildemente. La verdadera autoestima implica reconocer que no todos somos iguales y aceptar que otras personas pueden ser más inteligentes, tocar mejor un instrumento

musical, ser más atléticos... Todos tenemos buenas cualidades que podemos desarrollar y, más importante aún, todos somos hijos de Dios. En esto consiste la genuina auto-aceptación, el sentido positivo del amor propio del cristiano que quiere servir a Dios y a los demás, desechando las comparaciones excesivas que podrían conducir a la tristeza.

En último término, nos aceptaremos como somos si no perdemos de vista que Dios nos ama con nuestros límites, que forman parte de nuestro camino de santificación y son la materia de nuestra lucha. El Señor nos elige, como a los primeros Doce: «hombres corrientes, con defectos, con debilidades, con la palabra más larga que las obras. Y, sin embargo, Jesús los llama para hacer de ellos pescadores de hombres (cfr. *Mt* 4, 19), corredores, administradores de la gracia de Dios»^[3].

Ante el éxito y los fracasos

Desde este planteamiento sobrenatural, se contemplan con mayor profundidad nuestro modo de ser y trayectoria biográfica, entendiendo su pleno sentido. Se relativizan, con una visión de eternidad, los sucesos y logros temporales. Así, si nos alegramos con el éxito en nuestra actividad, sabemos también que lo más importante es que esta haya servido para crecer en santidad. Es el realismo cristiano, madurez humana y sobrenatural, que del mismo modo que no se deja llevar por la exaltación que puede provocar el triunfo o la alabanza, tampoco se arrastra por el pesimismo ante la derrota. ¡Cuánto ayuda decir, con san Pedro, que lo bueno lo hemos hecho «en el nombre de Jesucristo Nazareno»! (*Hch* 3, 6).

Al mismo tiempo, admitir que las dificultades externas y las propias imperfecciones limitan nuestros logros es uno de los aspectos que da forma a la autoestima, fundamenta la madurez personal y abre las puertas del aprendizaje. Solo

podemos aprender desde el reconocimiento de nuestras carencias y con la actitud de extraer experiencias positivas de lo sucedido: «¡Has fracasado! –Nosotros no fracasamos nunca. –Pusiste del todo tu confianza en Dios. –No perdonaste, luego, ningún medio humano. Convéncete de esta verdad: el éxito tuyo –ahora y en esto– era fracasar. –Da gracias al Señor y ¡a comenzar de nuevo!»^[4] Se está en condiciones de emprender el camino de la Cruz, que muestra las paradojas de la fortaleza de la debilidad, la grandeza de la miseria y el crecimiento en la humillación, y enseña su extraordinaria eficacia.

Obrar con seguridad y saber rectificar

La seguridad personal es más firme cuando se apoya en el saberse hijos amados de Dios, y no en la certeza de alcanzar el éxito, que tantas veces se nos escapa. Esta convicción permite tolerar el riesgo que acompaña cualquier decisión, superar la parálisis de la inseguridad y guardar una actitud de razonable apertura hacia lo nuevo. «No es prudente el que no se equivoca nunca, sino el que sabe rectificar sus errores. Es prudente porque prefiere no acertar veinte veces, antes que dejarse llevar de un cómodo abstencionismo. No obra con alocada precipitación o con absurda temeridad, pero asume el riesgo de sus decisiones, y no renuncia a conseguir el bien por miedo a no acertar»^[5].

Partiendo de las limitaciones personales y de la capacidad de aprender del ser humano, rectificar supone una mejoría, un enriquecimiento personal que, a su vez, revierte en lo que rodea y en quienes rodean, contribuyendo simultáneamente a incrementar la confianza en uno mismo y en el entorno. Quien se pone en las manos del Padre celestial está seguro, pues «todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios» (*Rm* 8, 28), incluso las caídas cuando pedimos perdón al Señor y, con su gracia, nos levantamos habiendo crecido en humildad. De este modo, saber rectificar forma

parte del proceso de conversión: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda iniquidad» (1 Jn 1, 8-9).

Una virtud indispensable

La autoestima crece, en definitiva, al amparo de la humildad, «porque ésa es la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza»^[6]. Si falta esta actitud del alma, no es raro que lleguen problemas de estima personal. Pero cuando se cultiva, la persona se llena de realismo, y se valora con acierto: ino somos hombres ni mujeres impecables, pero tampoco seres corrompidos! Somos hijos de Dios, y sobre nuestras limitaciones se asienta una dignidad insospechada.

La humildad genera el ambiente interior que permite conocernos como somos y nos impulsa a buscar sinceramente el apoyo de los demás, al mismo tiempo que les damos el nuestro. En última instancia, todos y cada uno necesitamos de Dios, en quién «vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17, 28), que es Padre misericordioso y vela de continuo por nosotros. ¡Cuánta seguridad y confianza hubo en la vida de santa María! Si puede decir que «ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo» (Lc 1, 49) es porque vive muy consciente de «la humildad de su esclava» (Lc 1, 48). En ella, humildad y consciencia de la grandeza de la propia vocación se conjugan maravillosamente.

Javier Cabanyes

[Volver al contenido](#)

[1] *Camino*, n. 274.

[2] Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 24.

[3] *Es Cristo que pasa*, n. 2.

[4] *Camino*, n. 404.

[5] *Amigos de Dios*, n. 88.

[6] *Ibíd.*, n. 94.

4. FORMAR EL CARÁCTER EN LA VIRTUD

De la bondad de Dios vivimos sus hijos y él nos llama a ser virtuosos

«Cuando salía para ponerse en camino, vino uno corriendo y, arrodillado ante él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?» (Mc 10, 17). Nosotros, discípulos del Señor, presenciemos la escena con los Apóstoles, y quizá nos sorprendemos ante la contestación: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno solo: Dios» (Mc 10, 18). Jesús no da una respuesta directa. Con suave pedagogía divina, quiere conducir a aquel joven hacia el sentido último de sus aspiraciones: «Jesús muestra que la pregunta del joven es, en realidad, una *pregunta religiosa* y que la bondad, que atrae y al mismo tiempo vincula al hombre, tiene su fuente en Dios, más aún, es Dios mismo: el Único que es digno de ser amado “con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente”»^[1].

Para entrar en la Vida

El Señor vuelve enseguida a los términos de aquella consulta audaz: ¿qué debo hacer? «Si quieres entrar en la Vida —responde— guarda los mandamientos» (Mt 19, 17). Tal como lo presentan los evangelios, el joven es un judío piadoso que podría haberse ido satisfecho con esta

respuesta; el Maestro le ha confirmado en sus convicciones, porque le refiere a los mandamientos que ha guardado desde su adolescencia. Sin embargo, quiere oírlos de la boca de este nuevo Rabbí que enseña con autoridad. Intuye, y no se equivoca, que puede abrirle horizontes insospechados. «¿Cuáles?», pregunta. Jesús le recuerda los deberes que tienen que ver con el prójimo: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás al prójimo como a ti mismo» (*Mt* 19, 18-19). Son los preceptos —la llamada segunda tabla— que protegen «*el bien* de la persona humana, imagen de Dios, a través de la tutela de sus *bienes particulares*»^[2]. Constituyen la primera etapa, la vía hacia la libertad, no la libertad perfecta, como señala san Agustín^[3]; dicho de otro modo, son una fase inicial en el camino del amor, pero todavía no el amor maduro, plenamente cumplido.

¿Qué me falta aún?

El joven conoce y vive estas prescripciones, pero algo en su interior le pide más; tiene que haber —piensa— algo más que pueda hacer. Jesús lee en su corazón: «fijó en él su mirada y quedó prendado de él». Y le lanza el desafío de su vida: «Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme» (*Mc* 10, 21). Jesucristo ha puesto a aquel hombre frente a su conciencia, frente a su libertad, frente a su deseo de ser mejor. No sabemos hasta qué punto ha entendido los requerimientos del Maestro, aunque por su misma pregunta —«¿qué me falta aún?»—, parece como si hubiera esperado otras “cosas para hacer”. Sus disposiciones son buenas, aunque quizá aún no había entendido la necesidad de interiorizar el sentido de los mandamientos del Señor.

La vida a la que Dios llama no consiste únicamente en hacer cosas buenas, sino en «ser buenos», virtuosos. Como solía

precisar san Josemaría^[4], no basta con ser *bondadosos*, sino buenos, de acuerdo con el panorama inmenso —«uno sólo es el bueno» (Mt 19, 17)— que Jesús abre ante nosotros.

La madurez cristiana implica tomar las riendas de nuestra vida, *preguntarnos de verdad*, ante Dios, qué nos falta aún. Nos impulsa a salir del cómodo refugio de quien es un *cumplidor* de la ley para descubrir que lo que cuenta es seguir a Jesús, a pesar de los propios errores. Dejamos entonces que sus enseñanzas transformen nuestro modo de pensar y de sentir. Experimentamos que nuestro corazón, antes pequeño y encogido, se dilata con la libertad que Dios ha puesto en él: «corro por el camino de tus mandamientos porque has dilatado mi corazón» (Sal 118 (119), 32).

El reto de la formación moral

El joven no esperaba que “la cosa que faltaba” fuera precisamente poner su vida a los pies de Dios y de los demás, perdiendo su seguridad de *cumplidor*. Y se marchó triste, como sucede a todo aquel que prefiere seguir exclusivamente su propia hoja de ruta, en vez de dejar que Dios lo guíe y le sorprenda. Dios nos ha llamado a vivir con su libertad —«hac libertate nos Christus liberavit» (Gal 5, 1)— y, en el fondo, nuestro corazón no se conforma con menos.

Madurar es aprender a vivir de acuerdo a unos ideales altos. No se trata simplemente de conocer unos preceptos o de adquirir una visión cada vez más afinada de las repercusiones de nuestros actos. Decidirse a *ser buenos* —santos, en definitiva— supone identificarse con Cristo, sabiendo descubrir las razones del estilo de vida que Él nos propone. Implica, por tanto, conocer el sentido de las normas morales, que nos enseñan a qué bienes debemos aspirar, cómo debemos de vivir para alcanzar una existencia

plena. Y esto se alcanza incorporando en nuestro modo de ser las virtudes cristianas.

Los pilares del carácter

El saber moral no es un discurso abstracto, ni una técnica. La formación de la conciencia requiere un fortalecimiento del carácter que se apoya sobre las virtudes como sus pilares. Estas asientan la personalidad, la estabilizan, le transmiten equilibrio. Nos hacen capaces de salir de nosotros mismos, del egocentrismo, y dirigir el foco de nuestros intereses fuera de nosotros, hacia Dios y hacia los demás. La persona virtuosa está *centrada*, posee medida en todo, es recta, íntegra, enteriza. En cambio, quien carece de virtudes a duras penas será capaz de emprender proyectos de envergadura o de dar forma a los grandes ideales. Su vida estará hecha de improvisaciones y bandazos, de modo que no será fiable, ni siquiera para sí mismo.

Fomentar las virtudes expande nuestra libertad. Nada tiene que ver la virtud con el acostumbramiento o con la rutina. Desde luego, para que arraigue un hábito operativo bueno, para que cuaje en nuestro modo de ser y nos lleve a obrar el bien con más facilidad, no basta con una sola acción. La repetición sucesiva ayuda a que se establezcan los hábitos: nos hacemos buenos *siendo* buenos. Repetir la resolución de ponerse a estudiar a la hora, por ejemplo, hace que la segunda vez nos cueste menos que la primera, y la tercera algo menos que la segunda..., pero hay que perseverar en la determinación de ponerse a estudiar para mantener el hábito de estudio, que de otro modo se pierde.

La renovación del espíritu

Las virtudes, humanas y sobrenaturales, nos orientan hacia el bien, hacia aquello que colma nuestras aspiraciones. Nos ayudan a alcanzar la auténtica felicidad, que consiste en unirse a Dios: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti,

el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú has enviado» (*Jn* 17, 3). Otorgan facilidad para actuar según los preceptos morales, que ya no se ven solo como normas a cumplir, sino como un camino que conduce a la perfección cristiana, a la identificación con Jesucristo según el estilo de vida de las bienaventuranzas, que son como el retrato de su rostro y «se refieren a actitudes y disposiciones básicas de la existencia»^[5] que llevan a la vida eterna.

Se abre, entonces, un camino de crecimiento en la existencia cristiana, según las palabras de san Pablo: «transformaos con una renovación de la mente, para que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, agradable y perfecto» (*Rm* 12, 2). La gracia cambia el modo en que juzgamos los distintos eventos, y nos da criterios nuevos para actuar. Progresivamente, aprendemos a ajustar nuestro modo de ver las cosas a la voluntad de Dios, que se expresa también en la ley moral, de modo que amamos el bien, la vida santa, y gustamos «qué es lo bueno, agradable y perfecto» (*ibíd.*). Se alcanza una madurez moral y afectiva en clave cristiana, que lleva a apreciar con facilidad qué es lo auténticamente noble, verdadero, justo y bello, y a rechazar el pecado, que ofende la dignidad de los hijos de Dios.

Este camino lleva a formar, como decía san Josemaría, un «alma de criterio»^[6]. Pero, ¿cuáles son las características de este criterio? En otro momento, él mismo añadía: «el criterio supone madurez, firmeza de convicciones, conocimiento suficiente de la doctrina, delicadeza de espíritu, educación de la voluntad»^[7]. ¡Qué gran retrato de la personalidad cristiana!: una *madurez* que nos ayuda a tomar decisiones con libertad interior y hacerlas propias, es decir, con la responsabilidad del que sabe dar cuenta de ellas; unas *convicciones* fuertes y seguras, basadas en un conocimiento profundo de la doctrina cristiana que alcanzamos a través de clases o charlas de formación, las

lecturas, la reflexión y, especialmente, del ejemplo de otros, pues las «verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente»^[8]. Esto se conjuga con la *delicadeza de espíritu*, que se traduce en afabilidad con los demás, y la *educación de la voluntad*, que se resuelve en llevar una vida virtuosa. Un «alma de criterio», por lo tanto, sabe preguntarse en las distintas circunstancias: ¿qué espera Dios de mí? Pide luces al Espíritu Santo, recurre a los principios que ha asimilado, se aconseja con quien puede ayudarle, y sabe actuar en consecuencia.

Fruto del amor

Así entendido, el comportamiento moral —que se concreta en vivir los mandamientos con la fuerza de la virtud— es fruto del amor, que nos compromete en la búsqueda y promoción del bien. Un amor así va más allá del sentimiento, que por su propia naturaleza es fluctuante y fugaz: no depende de los humores del momento, de lo que me apetece, o de lo que me gustaría en una determinada circunstancia. Más bien, amar y ser amado supone un darse, que se funda en el atractivo que originan en el corazón el saberse querido por Dios y esos grandes ideales por los que vale la pena empeñar la libertad: «En la entrega voluntaria, en cada instante de esa dedicación, la libertad renueva el amor, y renovarse es ser continuamente joven, generoso, capaz de grandes ideales y de grandes sacrificios»^[9].

La perfección cristiana no se limita al cumplimiento de unas normas, pero tampoco al desarrollo aislado de capacidades como el autocontrol o la eficiencia. Impulsa, más bien, a la entrega de la libertad al Señor, a responder a su invitación: «ven y sígueme» (*Mc* 10, 21), con la ayuda de su gracia. Se trata de vivir según el Espíritu (cfr. *Ga* 5, 16), movidos por la caridad, de modo que se desea servir a los demás, y se comprende que la ley de Dios es la vía privilegiada para

practicar ese amor libremente elegido. No es cuestión de cumplir unas reglas, sino de adherirse a Jesús, de compartir su vida y su destino, obedeciendo amorosamente a la voluntad del Padre.

Sin ser perfeccionistas

Este empeño por madurar en virtudes es extraño a cualquier afán narcisista de perfección. Luchamos por amor a nuestro Padre Dios, es en Él en quien tenemos fija la mirada y no en nosotros mismos. Conviene, por tanto, desechar la tendencia al *perfeccionismo*, que quizá podría surgir si planteáramos erróneamente nuestra lucha interior según unos criterios de eficacia, la precisión, el rendimiento..., muy en boga en algunos contextos profesionales, pero que desdibujan la vida moral cristiana. La santidad consiste principalmente en amar a Dios.

De hecho, la madurez lleva a armonizar el deseo de actuar bien, con las limitaciones reales que experimentamos en nosotros mismos y en los demás. En ocasiones pueden venir ganas de decir con san Pablo: «no logro entender lo que hago; pues lo que quiero no lo hago; y en cambio lo que detesto lo hago (...) ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte...?» (*Rm* 7, 15-24). Sin embargo, no perderemos la paz, pues Dios nos dice, lo mismo que al Apóstol: «Te basta mi gracia» (*2 Cor* 12, 9). Nos llenamos de agradecimiento y esperanza, pues el Señor cuenta con nuestras limitaciones, con tal de que nos impulsen a convertirnos, a acudir a su ayuda.

De nuevo aquí, el cristiano encuentra un asidero en la primera respuesta de Jesús al joven: «uno sólo es el bueno» (*Mt* 19, 17). De la bondad de Dios vivimos sus hijos. Él nos da la fuerza para orientar toda nuestra vida hacia lo que realmente es valioso, de comprender qué es lo bueno y

amarlo, de disponer de nosotros mismos con vistas a la misión que Él nos ha encomendado.

José María Barrio y Rodolfo Valdés

[Volver al contenido](#)

[1] Juan Pablo II, Enc. *Veritatis splendor*, 6-VIII-1993, n. 9; cfr. *Mt* 22, 37.

[2] *Ibíd.*, n. 13.

[3] Cfr. Agustín, *In Ioannis Evangelium Tractatus*, 41, 9-10 (cit. en *Veritatis splendor*, n. 13).

[4] Cfr. *Camino*, n. 337.

[5] *Veritatis splendor*, n. 16.

[6] *Camino*, “Al lector”.

[7] *Conversaciones*, n. 93.

[8] *Spe salvi*, n. 49.

[9] *Amigos de Dios*, n. 31.

5. COHERENCIA: EDIFICAR EL ORDEN INTERIOR

La coherencia madura como la fruta al sol

Cuando san Agustín, ya anciano, escribía «la paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden»^[1], lo hacía desde la experiencia de quien llevaba años viéndose requerido constantemente por todo tipo de tareas: el gobierno pastoral de la porción del Pueblo de Dios que tenía encomendado; su abundante predicación; los retos que presentaba una época convulsa, de cambios sociales y culturales. No es este, pues, un aforismo escrito en el sosiego del retiro, sino en el fragor de la vida diaria, con todos sus imprevistos y vaivenes. La coherencia de este santo era una conquista cotidiana; con el paso de los días, su esfuerzo por “centrar el tiro” afianzaba más y más su carácter.

Una de las notas de la personalidad madura es la capacidad de conjugar el despliegue de una actividad intensa con el orden y la paz interior. Alcanzar este equilibrio implica cierto esfuerzo: también san Josemaría hablaba de su lucha en este campo. «¡Dentro de mi sotana te querría ver! —decía a uno que le hablaba de las dificultades que le generaba el trabajo para cuidar de su formación— Porque también yo tengo pluriempleo. Encima de ese desorden hemos de edificar el orden»^[2]. El orden, la coherencia de nuestra vida, es un botín que vamos ganando, moneda a moneda, en la

batalla de todos los días: «ese comenzar por el quehacer menos agradable pero más urgente (...), con perseverancia en el cumplimiento del deber cuando tan fácil sería abandonarlo, ese no dejar para mañana lo que hemos de terminar hoy: ¡Todo por darle gusto a Él, a Nuestro Padre Dios!»^[3].

El señorío de sí

Esta batalla serena no sólo tiene que ver con las cosas que manejamos y las tareas que llenan nuestro día, sino también con nuestro corazón. Sin ese latido interior, el orden sería sólo gestión del tiempo, “optimización de procesos”, eficacia empresarial, pero no demostraría auténtica madurez cristiana. La coherencia del cristiano se edifica en un flujo constante, de adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro; crece con el dominio de sí, el orden de la actividad exterior, el recogimiento interior y la prudencia.

No se nos escapan los obstáculos que existen para alcanzar esta armonía interior. Si bien apreciamos el enorme atractivo de una vida cristiana plena, muchas veces experimentamos tendencias diversas y, a veces, contrarias. San Pablo lo expresó con fuerza: «al querer yo hacer el bien encuentro esta ley: que el mal está en mí; pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi espíritu» (*Rm 7, 21-23*). Sentimos una cosa y queremos otra, notamos que estamos divididos entre lo que nos apetece y lo que debemos hacer, y a veces acaba por nublársenos la vista; incluso puede llegar a parecernos entonces que, a fin de cuentas, tampoco pasa nada por ser un poco incoherentes, lo que en el fondo denota un amor vacilante.

Y sin embargo, ¡cómo resuena el halago que nuestro Señor hizo a Natanael! «Aquí tenéis a un verdadero israelita en quien no hay doblez» (*Jn 1, 47*). Quien procura conducirse

de acuerdo con la voz de Dios que resuena en su conciencia, inspira espontáneamente un gran respeto: las personas de una pieza atraen, porque todo en ellas dice autenticidad. En cambio, la doble vida, las compensaciones —aunque sean pequeñas—, la falta de sinceridad, hacen que se nos enturbie el rostro del alma. Como todos estamos expuestos a estas pequeñas desviaciones del rumbo, se trata de que seamos sencillos, y las corriamos con perseverancia; así se evita el riesgo de acabar a la deriva en el alta mar de la vida.

Para tocar la melodía de Dios

Al poner orden en nuestro interior no se trata sólo de que nuestra inteligencia “domine” la imaginación y encauce la fuerza de los sentimientos y afectos: tiene que descubrir todo lo que estos compañeros de viaje pueden y quieren decirle. Dicho de otro modo, no podemos corregir la disonancia suprimiendo una de las melodías: Dios nos ha hecho polifónicos. El señorío de sí, también conocido desde siempre como templanza, no es frialdad cerebral: Dios nos quiere con un corazón que sea «grande, fuerte y tierno y afectuoso y delicado»^[4].

Con el corazón podemos tocar una música para el Señor. Si queremos interpretarla bien, conviene ponerlo a tono, como se afinan los instrumentos para que den la nota adecuada. Se trata de educar los afectos, de fomentar una sensibilidad por lo que es auténticamente bueno, porque responde a nuestro ser personal, con todas sus dimensiones. Los sentimientos dan el colorido a nuestra vida, y permiten percibir con mayor riqueza lo que sucede a nuestro alrededor. Sin embargo, del mismo modo como un cuadro saturado de colores sin balance no es agradable, o un instrumento desafinado resulta molesto, el corazón abandonado al vaivén sentimental resquebraja la armonía de nuestra personalidad, y erosiona, a veces de modo importante, nuestras relaciones con los demás.

San Josemaría aconsejaba poner «siete cerrojos»^[5] al corazón. En una ocasión, lo explicaba así: «ciérralo con los siete cerrojos que yo recomiendo: uno para cada pecado capital. Pero no dejes de tener corazón»^[6]. La experiencia acumulada de siglos, también en los lugares adonde no ha llegado el cristianismo, muestra que los afectos y los instintos, sin control, pueden arrastrarnos como las aguas de una riada que siembra destrucción por donde pasa. No se trata de anular la corriente, sino de hacer un trabajo parecido al de los ingenieros que entuban el agua que baja de los torrentes de las montañas para que mueva una turbina y produzca electricidad. Una vez encauzada la corriente —que podría haber arrasado árboles y casas—, todos pueden vivir tranquilos y aprovechar esa electricidad para iluminar y calentar sus viviendas. Si nuestro espíritu no logra encauzar de manera estable esas fuerzas instintivas y afectivas de nuestra naturaleza, no puede tener paz ni sosiego: no puede existir vida interior.

Tomar las riendas de nuestro día

Un paso importante para ser señores de nosotros mismos es el de sobreponernos a la pereza, un *virus* silencioso pero eficaz, que puede paralizarnos poco a poco si no lo mantenemos a raya. La pereza se hace fuerte en quien no tiene un norte, o también en quien, teniéndolo, no se pone a andar en esa dirección. «No confundas la serenidad con la pereza, con el abandono, con el retraso en las decisiones o en el estudio de los asuntos»^[7]. Poner la cabeza en lo que requiere nuestra atención, evitar huir de lo que suponga un poco de esfuerzo; no dejar para después lo que podemos hacer ahora... sobre esos hábitos sí se construye una personalidad ágil, recia y serena.

También conviene estar atentos al otro extremo, el activismo desordenado: «Hijo, no te ocupes de muchos asuntos; si te desbordan, no estarás falto de culpa; por más

que corras no los alcanzarás, y aunque huyas no te podrás escapar de ellos» (Si 11, 10). Madurez de la personalidad significa aquí ponderación, orden en nuestra actividad. Para que la vida no se nos lleve por delante con sus infinitos requerimientos, nos servirá tomar la iniciativa para distribuir nuestra actividad en los tiempos adecuados, es decir, planificar –sin cuadricularnos– dando prioridad a lo que debe estar en primer lugar y no a lo que surge en cada momento. Así evitamos que lo urgente se coma lo importante. Lógicamente, no es preciso programarlo todo, pero sí evitar que la improvisación lleve a perder tiempo porque simplemente nos dedicamos a salir al paso de lo que nos ocurre durante el día. En este sentido decía san Josemaría que «es preciso ordenarse porque no tenemos tiempo de hacerlo todo enseguida».

En nuestro día hay algunos momentos clave que podemos fijar de antemano: la hora de acostarnos, la hora de levantarnos, los tiempos que vamos a dedicar exclusivamente a Dios, la hora de trabajar, la hora de las comidas... Después está todo el campo de hacer bien lo que debemos hacer, con rendimiento, atención y perfección, es decir, con amor. «Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces»^[8]. Se trata, a fin de cuentas, de un programa de santidad que no encorseta, porque se ordena a un fin grande: hacer feliz a Dios y a los demás. A la vez, ese mismo amor que nos mueve a regirnos por un horario nos indicará cuándo el plan tiene que “saltar”, porque lo exige el bien de otras personas, o por tantos otros motivos que se presentan con claridad a quien vive cara a Dios.

El cultivo del espacio interior

La interioridad es el centro vivo de la persona, lo que hace que sus fuerzas, cualidades, disposiciones de ánimo y acciones formen una unidad. Quien es capaz de vivir dentro

de sí, de recoger sus sentidos y potencias hasta sosegar el alma, desarrolla una personalidad más rica, porque es más capaz de relación, de diálogo. «El silencio –decía Benedicto XVI– es parte integrante de la comunicación y sin él no existen palabras con densidad de contenido»^[9].

Para no limitarse a nadar en la superficie de la vida, es preciso dedicar tiempo a pensar lo que nos ha pasado, lo que hemos leído, lo que nos han dicho, y sobre todo las luces que hemos recibido de Dios. Reflexionar ensancha y enriquece nuestro espacio interior: nos ayuda a integrar las diversas facetas de nuestra vida -trabajo, relaciones sociales, ocio, etc.- con el proyecto de vida cristiana que realizamos de la mano del Señor. Este hábito implica aprender a entrar dentro de nuestra alma, superando la prisa, la impaciencia, la dispersión. Se abre así un espacio de meditación en la presencia de Dios: «Quién de nosotros, a la noche, antes de terminar el día, cuando se queda solo, no se pregunta: ¿qué sucedió hoy en mi corazón? ¿Qué sucedió? ¿Qué cosas pasaron por mi corazón?»^[10].

Ese sosiego del espíritu se consigue cuando cortamos con las tensiones de la vida y detenemos las sollicitaciones de los asuntos pendientes, y la imaginación; cuando detenemos el ritmo de la vida exterior y callamos tanto por fuera como por dentro. De esa manera, nuestros conocimientos y experiencias adquieren profundidad, aprendemos a asombrarnos, a contemplar, a saborear los bienes del espíritu, a escuchar a Dios. Con esta riqueza interior, cuando salimos fuera podremos disfrutar más al comunicamos con los demás, pues tendremos algo personal, algo *nuestro*, que aportar.

En el silencio, podremos escuchar la voz del Señor. Cuando Dios quiere pasar ante Elías en el monte Horeb, la Sagrada Escritura nos dice que no estaba en la violencia del huracán que partía las rocas, ni en el espanto del terremoto, ni en el

fuego que le siguió, sino en una brisa que apenas se notaba (cfr. *1 R* 19, 11-13). Callar es hermoso; no es ningún vacío, sino vida auténtica y plena, si permite establecer un diálogo íntimo con Dios. «Un hilo sonoro de silencio: así se acerca el Señor, con la sonoridad del silencio que es propia del amor»^[11].

La sabiduría de corazón

«El sabio de corazón será llamado prudente» (*Pr* 16, 21). La capacidad de recogimiento nos permite asentar cada vez con más profundidad los motivos que guían nuestra vida. La coherencia madura entonces como la fruta al sol, y se vierte en nosotros el licor de una sabiduría que nos ayuda a acertar en nuestras decisiones.

No siempre es necesario dar respuestas inmediatas a lo que se nos plantea. La prudencia, muchas veces, llevará a informarse bien antes de enjuiciar o tomar una decisión, porque con frecuencia las cosas no son como aparecen a primera vista. Una persona madura se caracteriza por estudiar los asuntos con atención, acudir a la memoria de experiencias pasadas de temas parecidos y pedir consejo a quienes están en condiciones de darlo. Y, antes que nada, algo que para un cristiano resulta muy natural, casi como un reflejo: *pedir consejo* a Dios: «no tomes una decisión sin detenerte a considerar el asunto delante de Dios»^[12]. Así es más fácil aplicar a la situación concreta un juicio ponderado, sin ceder a la ligereza, la comodidad, el peso de la vida pasada, o la presión del ambiente. Y tener la valentía de tomar una decisión —aunque toda decisión entrañe un riesgo— y de ejecutarla sin demoras, con la disposición de rectificar, si más tarde nos damos cuenta de que nos hemos equivocado.

La coherencia cristiana —fruto de una interioridad cultivada— nos pone, en definitiva, en condiciones de

entregarnos a un ideal, y de perseverar en él. «Dame gracia para dejar todo lo que se refiere a mi persona. Yo no debo tener más preocupaciones que tu Gloria..., en una palabra, tu Amor. ¡Todo por Amor!»^[13].

José Benito Cabaniña y Carlos Ayxelà

[Volver al contenido](#)

^[1] Agustín, *De civitate Dei* XIX, 13.1.

^[2] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Notas de una reunión familiar*, 23-XI-1972.

^[3] *Amigos de Dios*, n. 67.

^[4] *Amigos de Dios*, n. 177.

^[5] Cfr. *Camino*, nn. 161 y 188.

^[6] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Notas de una reunión familiar*, Santiago de Chile, 30-VI-1974. Estos pecados «son llamados capitales porque generan otros pecados, otros vicios. Entre ellos soberbia, avaricia, envidia, ira, lujuria, gula, pereza»: *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1866.

^[7] *Forja*, n. 467.

^[8] *Camino*, n. 815.

^[9] Benedicto XVI, *Mensaje para la XLVI Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24-I-2012.

^[10] Francisco, *Homilía en Domus Santa Marta*, 10-X-2014; en *Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 17 de octubre de 2014.

^[11] Id., *Homilía en Domus Santa Marta*, 12-XII-2013, en *Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51,

viernes 20 de diciembre de 2013.

^[12] *Camino*, n. 266.

^[13] *Forja*, n. 247.

6. UNA VIDA EN DIÁLOGO CON LOS DEMÁS

Dialogamos para encontrarnos con otros, deseosos de aprender

«El horno prueba los vasos del alfarero, y la prueba del hombre está en su conversación. El fruto muestra cómo se cultivó un árbol; así, la palabra, los pensamientos del corazón humano» (Si 27, 6-7). Una nota esencial de la madurez personal es la capacidad de diálogo, una actitud de apertura hacia los demás que se manifiesta en la cordialidad del trato y en un sincero deseo de aprender de cada persona.

«Conocer a otras personas, otras culturas, nos hace siempre mucho bien, nos hace crecer (...). El diálogo es muy importante para la propia madurez, porque en la confrontación con otra persona, en la confrontación con las demás culturas, incluso en la confrontación con las demás religiones, uno crece: crece, madura. Ciertamente, existe un peligro: si en el diálogo uno se cierra y se enfada, puede pelear; es el peligro de pelear, y esto no está bien porque nosotros dialogamos para encontrarnos, no para pelear. Y, ¿cuál es la actitud más profunda que debemos tener para dialogar y no pelear? La mansedumbre, la capacidad de encontrar a las personas, de encontrar las culturas, con paz; la capacidad de hacer preguntas inteligentes: “¿Por qué tú

piensas así? ¿Por qué esta cultura hace así?”. Escuchar a los demás y luego hablar. Primero escuchar, luego hablar»^[1].

Saber escuchar

La Sagrada Escritura cubre de elogios a quienes saben escuchar, y desdeña en cambio la actitud de quienes no prestan atención a los demás. «Oído que escucha reprensión saludable, habita en medio de sabios» (*Pr* 15, 31), dice el libro de los Proverbios; y el apóstol Santiago aconseja «que cada uno sea diligente para escuchar, lento para hablar y lento para la ira» (*St* 1, 19). En ocasiones, los hagiógrafos recurren incluso a una fina ironía: «hablar a quien no escucha, como despertar a alguien de un sueño profundo» (*Si* 22, 8).

Un problema frecuente para escuchar es que, mientras otro habla, recordamos algo que tiene que ver con lo que nos cuenta, y estamos pendientes de decir “la nuestra” en cuanto haya una pausa. Se producen entonces conversaciones quizá animadas, en las que unos a otros se quitan la palabra, pero en las que se escucha poco.

Otras veces, el problema es que la conversación no surge de modo espontáneo, y hay que poner empeño en buscarla, con inteligencia. En esos casos, hay que evitar la presunción, es decir, la tendencia a mostrar a cada momento nuestra agudeza o nuestros conocimientos; por el contrario, conviene mostrarse abiertos y receptivos, deseosos de aprender de los demás, de modo que amplíemos cada día nuestro abanico de intereses. De este modo escucharemos con atención cosas que quizá inicialmente no nos interesan demasiado, sin que eso implique hipocresía por nuestra parte: se trata muchas veces de un esfuerzo sincero por sobreponerse al propio criterio, y por agrandar y aprender.

Saber conversar requiere conjugar la audacia con la prudencia, el interés con la discreción, el riesgo con la

oportunidad. Es preciso no caer en la ligereza, estar dispuesto a rectificar unas palabras precipitadas o inoportunas que quizá se nos han escapado, o una afirmación un poco rotunda que tendríamos que haber ponderado mejor. En todo caso, las buenas conversaciones dejan siempre poso: vienen después de nuevo a la memoria las ideas, los argumentos expuestos por unos y otros, surgen nuevas intuiciones, y nace la ilusión de continuar ese intercambio.

Apertura a los demás

Es llamativo comprobar cómo el espíritu de algunas personas envejece prematuramente, y en cambio otras permanecen jóvenes y animosas hasta el final de sus días. Hay que pensar que todos tenemos dentro muchos recursos aún sin usar: talentos que no hemos aprovechado, fuerzas que nunca hemos puesto a prueba. Y, por muy ocupados o cansados que estemos, no podemos dejar de avanzar, de aprender y de ser receptivos a las ideas de los demás.

Conviene que salgamos de nosotros mismos; que nos abramos a Dios y, por Él, a los demás. Superaremos entonces ese egocentrismo que a veces nos lleva a acomodar la realidad a la estrechez de nuestros intereses o a nuestra particular visión de las cosas, y estaremos más en guardia ante ciertas deficiencias que crean distancias con las personas y que, por tanto, entrañan inmadurez: expresarnos con una rotundidad que muchas veces no se corresponde con nuestro conocimiento de las cosas; manifestar nuestras opiniones con un tono de censura hacia los demás; servirnos de soluciones prefabricadas o de consejos repetitivos y manidos; irritarnos cuando alguien no piensa como nosotros, aunque luego nos digamos a favor de la diversidad y de tolerancia; llenarnos de celos cuando alguien sobresale a nuestro alrededor; exigir a otros un nivel de perfección que les sobrepasa, y que tal vez nosotros mismos no

alcanzamos; pedir sinceridad y franqueza, cuando en cambio quizás nos resistimos a las correcciones.

Madurez y sentido crítico

Cuando miramos a los demás con afecto, muchas veces advertiremos que podemos ayudarles con un consejo de amigo; les diremos con confianza lo que otros quizá también han visto pero no han tenido la lealtad de comentarles. Solo ese fundamento, la caridad, hace que la corrección o la crítica sea verdaderamente útil y constructiva: «cuando hayas de corregir, hazlo con caridad, en el momento oportuno, sin humillar..., y con ánimo de aprender y de mejorar tú mismo en lo que corrigas»^[2].

La clave de nuestra capacidad de hacer cambiar a los demás está en cierta manera ligada a nuestra capacidad de cambiarnos a nosotros mismos. Cuando se sabe lo que cuesta mejorar, lo difícil que resulta y, al tiempo, lo importante y liberador que es, entonces es más fácil observar a los demás con cierta objetividad y ayudarles realmente. El que sabe decirse las cosas claras a sí mismo, sabe cómo y cuándo decírselas a los demás, y es capaz también de escucharlas con buena disposición.

Saber recibir y aceptar la crítica es prueba de grandeza espiritual y de profunda sabiduría: «Quien ama la instrucción, ama el saber, y quien odia la corrección es un estúpido» (*Pr* 12, 1). Sin embargo, aceptar lo que nos dicen los demás no supone vivir siempre pendientes de la crítica en nuestra vida profesional o social, bailando al son de lo que se diga o se deje de decir sobre lo que hacemos o somos, porque esa preocupación acabaría siendo patológica. A veces, el que hace bien las cosas puede ser bastante criticado: lo censuran quizá los que no hacen nada, porque ven su vida y su trabajo como una acusación (cfr. *Sb* 2, 10-20); o los que obran de modo contrario, porque lo

consideran un enemigo; o a veces también los que hacen las mismas o parecidas cosas, porque se ponen celosos. No faltan casos así, en los que hay que hacerse “perdonar” por los que apenas hacen nada y por los que no conciben que se pueda hacer nada bueno sin contar con ellos. En esos casos, como nos aconsejaba san Josemaría, «hemos de saber callar, rezar, trabajar, sonreír... y esperar. No deis importancia a esas insensateces: quered de veras a todas esas almas. *Caritas mea cum omnibus vobis in Christo Iesu!*»^[3]

La responsabilidad de dar ejemplo

La madurez aúna la apertura a los demás con la fidelidad al propio camino y a los propios principios, incluso cuando apenas se encuentra eco o aceptación en el propio entorno. Es cierto que la indiferencia que percibimos a nuestro alrededor puede indicarnos que también nosotros tenemos quizá algo que cambiar, o al menos que explicar o presentar mejor. Pero hay algunas cosas que no deben cambiar nunca en nosotros, pase lo que pase, nos escuchen o no, nos alaben o nos insulten, lo agradezcan o lo rechacen, lo aprueben o lo reprueben: «ese contraste, por confirmar con tus obras tu fe, es precisamente la naturalidad que yo te pido»^[4].

No es infrecuente que una persona se sienta sola y sin apoyo en algunos de sus mejores empeños. La tentación de desistir puede ser muy fuerte. Le podrá parecer entonces que su ejemplo o su testimonio no sirven para mucho, pero no es así: una cerilla quizá no ilumina toda la habitación, pero todos en la habitación pueden verla. Tal vez hay muchas personas que se sienten incapaces de imitar ese ejemplo, pero saben que quieren seguirlo en la medida en que puedan, y ese testimonio tira de ellos para arriba.

Todos recordamos cómo nos ha ayudado a mejorar el buen ejemplo de tantas personas. Y, sin embargo, es probable que

muchos de ellos sepan muy poco acerca de su efecto real sobre nosotros. Es grande la responsabilidad que tenemos de influir positivamente en los demás. «No puedes destrozar, con tu desidia o con tu mal ejemplo, las almas de tus hermanos los hombres»^[5]. Debemos hablar, aconsejar, exhortar, animar, pero sobre todo procurar que nuestras palabras estén avaladas por nuestras obras, por el testimonio de nuestra propia vida. Es imposible lograrlo siempre, e incluso la mayoría de las veces, pero hemos de querer ser una ayuda para todos, y saber pedir perdón de corazón si hemos dado mal ejemplo.

Una lucha de toda la vida

La apertura a los demás va muy unida a nuestro avance en una tarea que nos ocupará toda la vida: reconocer el rostro de la soberbia y luchar por ser más humilde. La soberbia se cuela por los resquicios más sorprendentes de nuestra relación con los demás. Si se nos mostrara de frente, su aspecto nos resultaría repulsivo, y por eso una de sus estrategias más habituales es ocultar su rostro, disfrazarse. La soberbia suele esconderse dentro de otra actitud aparentemente positiva, a la que contamina sutilmente. Después, cuando se hace fuerte, crecen sus manifestaciones más simples y primarias, propias de la personalidad inmadura: la susceptibilidad enfermiza, el continuo hablar de uno mismo, la vanidad y afectación en los gestos y el modo de hablar, las actitudes prepotentes o engreídas, junto al decaimiento profundo al percibir la propia debilidad.

La soberbia unas veces se disfraza de sabiduría, de lo que podríamos llamar una soberbia intelectual que toma apariencia de rigor. Otras, se oculta detrás de un apasionado afán de hacer justicia o de defender la verdad, cuando en el fondo late sobre todo un sentimiento de revancha, o una ortodoxia altiva que avasalla: un afán de precisarlo todo, de juzgarlo todo. Se trata de actitudes que, en lugar de servir a

la verdad, se sirven de ella –de una sombra de ella– para alimentar el deseo de quedar por encima de los demás.

Igual que no existe la salud total y perfecta, tampoco podemos acabar por completo con las argucias de la soberbia. Pero podemos detectarla mejor, y no dejar que nos gane terreno. Habrá ocasiones en que nos engañará, porque tiende a atrincherarnos: nos hace reticentes a que los demás nos hagan ver nuestros defectos. Pero si nosotros no vemos su rostro, oculto de diversas maneras, quizá los demás sí lo habrán podido ver. Si somos capaces de escuchar la advertencia fraterna, la crítica constructiva, nos será mucho más fácil desenmascararla. Hace falta ser humilde para aceptar la ayuda de los demás. Y hace falta también ser humilde para ayudar a los demás sin humillar.

La madurez se cifra, en fin, en «el “sano prejuicio psicológico” de pensar habitualmente en los demás»^[6]. La personalidad que Dios quiere para nosotros –y a la todos aspiramos, aunque a veces busquemos en otra parte– es la de quien ha llegado a tener «un corazón que ama, un corazón que sufre, un corazón que se alegra con los demás»^[7].

Alfonso Aguiló

[Volver al contenido](#)

^[1] Francisco, *Discurso a un grupo de estudiantes y profesores de un colegio japonés*, 21-VIII-2013.

^[2] *Forja*, n. 455.

^[3] Josemaría Escrivá de Balaguer, Carta a sus hijos de Holanda, 20-III-1964 (cfr. Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei* (III), Rialp, Madrid 2003, p. 530.

[4] *Camino*, n. 80.

[5] *Forja*, n. 955.

[6] *Forja*, n. 861.

[7] Francisco, *Discurso a los participantes en la asamblea diocesana de Roma*, 17-VI-2013.

7. EMPATÍA: SENTIR CON LOS DEMÁS

Empatía no estrategia ni técnica sino amor en la verdad

Todos hemos experimentado que, en muchas ocasiones, para asimilar bien lo que sucede a nuestro alrededor, no basta con que se nos transmitan simplemente unos datos objetivos. Por ejemplo, si alguien interpreta una pieza musical para unos amigos, esperará ver cómo los demás pasan un rato agradable al oír la misma melodía que a él apasiona. En cambio, si los amigos se limitaran a decir que la ejecución ha sido correcta, pero sin mostrar el menor entusiasmo, entonces seguramente vendría el desánimo, junto a la sensación de que en realidad no se posee talento.

Cuántos problemas se evitarían si procuráramos entender mejor lo que sucede en el interior de los demás, sus expectativas e ideales. «Más que en “dar”, la caridad está en “comprender”»^[1]. Para vivir la caridad hay que comenzar reconociendo en el otro a alguien digno de consideración, y ponerse en sus circunstancias. Hoy se suele hablar de empatía para referirse a la cualidad que facilita meterse en el lugar de los demás, hacerse cargo de su situación y ponderar sus sentimientos. Unida a la caridad, esta actitud contribuye a fomentar la comunión, la unión de corazones, como escribe san Pedro: «tened todos el mismo pensar y el mismo sentir» (1 Pe 3, 8).

Aprender de Cristo

Desde el principio, los discípulos experimentaron la sensibilidad del Señor: su capacidad de ponerse en el sitio de los demás, su delicada comprensión de lo que sucedía en el interior del corazón humano, su finura para percibir el dolor ajeno. Al llegar a Naím, sin que medie palabra, se hace cargo del drama de la mujer viuda que ha perdido a su hijo único; al escuchar la súplica de Jairo y el rumor de las plañideras, sabe consolar a uno y apaciguar al resto; es consciente de las necesidades de quienes le siguen y se preocupa si no tienen qué comer; llora con el llanto de Marta y María ante la tumba de Lázaro y se indigna ante la dureza de corazón de los suyos cuando quieren que baje fuego del cielo para quemar la aldea de los samaritanos que no les han recibido^[2].

Con su vida, Jesús nos enseña a ver a los demás de un modo distinto, compartiendo sus afectos, acompañándolos en ilusiones y desencantos. Aprendemos de Él a interesarnos por el estado interior de quienes nos rodean, y con la ayuda de la gracia superamos progresivamente los defectos que lo impiden, como la distracción, la impulsividad o la frialdad. No hay excusa para cejar en este empeño. «No pensemos que valdrá de algo nuestra aparente virtud de santos, si no va unida a las corrientes virtudes de cristianos. —Esto sería adornarse con espléndidas joyas sobre los paños menores»^[3]. La cercanía con el Corazón del Señor ayudará a moldear el nuestro de manera que nos llenemos de los sentimientos de Cristo Jesús.

Caridad, afabilidad y empatía

«La caridad de Cristo no es sólo un buen sentimiento en relación al prójimo; no se para en el gusto por la filantropía. La caridad, infundida por Dios en el alma, transforma desde dentro la inteligencia y la voluntad: fundamenta

sobrenaturalmente la amistad y la alegría de obrar el bien»^[4]. Es hermoso descubrir cómo los apóstoles, al calor de su relación con el Señor, van apaciguando sus temperamentos, muy variados, que en ocasiones les han llevado a manifestarse poco compasivos frente a otras personas. Juan, tan vehemente que con su hermano Santiago mereció el sobrenombre de hijo del trueno, más tarde se llenará de mansedumbre e insistirá en la necesidad de abrirse al prójimo, de entregarse a los demás como lo hizo el mismo Cristo: «En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros. Por eso también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (*Jn* 3, 16). También san Pedro, que antes se había mostrado duro ante los adversarios de Jesús, se dirige al pueblo en el Templo buscando su conversión, pero con palabras exentas de cualquier rastro de amargura: «Hermanos, sé que obrasteis por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes. (...) Arrepentíos, por tanto, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, de modo que vengan del Señor los tiempos de la consolación» (*Hch* 3, 17. 19-20).

Otro ejemplo nos lo ofrece san Pablo, que tras haber sido un terrible azote para los cristianos, se convierte y pone al servicio del Evangelio su genio y su *genio*: su mente clara y su carácter fuerte. En Atenas, aunque su espíritu bulle de indignación ante la presencia de tantos ídolos, procura empatizar con sus habitantes. Cuando tiene ocasión de dirigirse a ellos en el Areópago, en lugar de echarles en cara su paganismo y depravación de costumbres, apela a su hambre de Dios: «Atenienses, en todo veo que sois más religiosos que nadie, porque al pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados he encontrado también un altar en el que estaba escrito: “Al Dios desconocido”. Pues bien, yo vengo a anunciaros lo que veneráis sin conocer» (*Hch* 17, 23). En esta actitud que sabe comprender y motivar se descubren los rasgos sobresalientes de una inteligencia que

integra y modula sus emociones. También se manifiesta la genialidad de una persona que se hace cargo de la situación de los demás: escoge un aspecto de su sensibilidad, por más pequeño que parezca, para sintonizar con los oyentes, captar su interés y llevarlos hacia la verdad plena.

Caminos para amar la verdad

Al tratar de ayudar a los demás, la caridad y la mansedumbre nos guiarán hacia las razones del corazón, que suelen abrir las puertas del alma con mayor facilidad que una argumentación fría o distante. El amor de Dios nos impulsará a conservar un estilo afable, que muestre lo atractivo que es la vida cristiana: «La verdadera virtud no es triste y antipática, sino amablemente alegre»^[5]. Sabremos descubrir lo positivo de cada persona, pues amar la verdad implica reconocer las huellas de Dios en los corazones, por más desfiguradas que parezcan estar.

La caridad hace que, en el trato con amigos, colegas de trabajo, familiares, el cristiano se muestre comprensivo con quienes están desorientados, a veces porque no han tenido la oportunidad de recibir una buena formación en la fe, o porque no han visto un ejemplo encarnado del auténtico mensaje del Evangelio. Se mantiene, así, una disposición de empatía también cuando los otros están equivocados: «No comprendo la violencia: no me parece apta ni para convencer ni para vencer; el error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con el estudio; nunca con la fuerza, siempre con la caridad»^[6]. Hemos de decir la verdad con una paciencia constante —«*veritatem facientes in caritate*» (Ef 4, 15: Vg)—, sabiendo estar al lado de quien quizá está confundido, pero que con un poco de tiempo se podrá abrir a la acción de la gracia. Esta actitud consiste muchas veces, como señala el Papa Francisco, en «detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al

costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad»^[7].

Apostolado y comunión de sentimientos

Algunos podrían intentar reducir la empatía a una simple estrategia, como si fuera una de esas técnicas que proponen un producto al consumidor de tal modo que tiene la sensación de que eso era justo lo que estaba buscando. Aunque lo anterior pueda ser válido en ámbito comercial, las relaciones interpersonales siguen otra lógica. La auténtica empatía implica sinceridad y es incompatible con una conducta impostada, que esconde los propios intereses.

Esta sinceridad es fundamental cuando buscamos dar a conocer el Señor a las personas con las que convivimos. Haciendo propios los sentimientos de quienes Dios ha puesto a nuestro lado en el camino, tenemos la finura de caridad de alegrarnos con cada uno de ellos y de sufrir con cada uno también. «¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién tiene un tropiezo, sin que yo me abra de dolor?» (2 Cor 11, 29). ¡Cuánto afecto sincero se descubre en esta cariñosa alusión de san Pablo a los cristianos de Corinto! Es más fácil que la verdad se abra paso a través de este modo de compartir sentimientos, porque se establece una corriente de afectos –de afabilidad– que potencia la comunicación. El alma se vuelve así más receptiva a lo que escucha, especialmente si se trata de un comentario constructivo que la anima a mejorar en su vida espiritual.

«Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores»^[8]. Cuando la escucha es atenta, nos implicamos en la realidad

de los demás. Buscamos ayudar al otro a discernir cuál es el paso que el Señor le pide dar en ese momento específico. Es en el momento en que el interlocutor percibe que su situación, opiniones y sentimientos son respetados -es más, asumidos por quien le escucha- cuando abre los ojos del alma para contemplar el resplandor de la verdad, la amabilidad de la virtud.

En contraste, la indiferencia ante los demás es una grave enfermedad para el alma apostólica. No cabe ser distantes con quienes nos rodean: «Esas personas, a las que resultas antipático, dejarán de opinar así, cuando se den cuenta de que “de verdad” les quieres. De ti depende»^[9]. La palabra comprensiva, los detalles de servicio, la conversación amable, reflejan un interés sincero por el bien de aquellas personas con las que convivimos. Sabremos hacernos querer, abriendo las puertas de una amistad que comparte la maravilla del trato con el Señor.

Animar a caminar

Señala el Papa Francisco que «un buen acompañante no consiente los fatalismos o la pusilanimidad. Siempre invita a querer curarse, a cargar la camilla, a abrazar la cruz, a dejarlo todo, a salir siempre de nuevo a anunciar el Evangelio»^[10]. Al hacernos cargo de las debilidades de los demás, sabremos también animar a no ceder al conformismo, a ampliar sus horizontes para que sigan aspirando a la meta de la santidad.

Al obrar de este modo, seguiremos el ejemplo de profunda comprensión y amable exigencia que nos ha dejado Nuestro Señor. Cuando, en la tarde del día de la Resurrección, camina al lado de los discípulos de Emaús, les pregunta: «¿De qué veníais hablando entre vosotros por el camino?» (Lc 24, 17), y deja que se desahoguen, manifestando la desilusión que oprimía sus corazones y la dificultad que

tenían para creer que Jesús había realmente vuelto a la vida, como atestiguaban las santas mujeres. Solo entonces el Señor toma la palabra y les explica cómo «era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria» (Lc 24, 26).

¿Cómo habría sido la conversación de Jesús, de qué modo habría sabido responder a las inquietudes de los discípulos de Emaús, que al final le dicen: «Quédate con nosotros» (Lc 24, 29)? Y eso, a pesar de que al inicio les reprocha su incapacidad de comprender lo que habían anunciado los Profetas (cfr. Lc 24, 25). Quizá sería el tono de voz, la mirada cariñosa, lo que haría que estos personajes se supieran acogidos pero, al mismo tiempo, invitados a cambiar. Con la gracia del Señor, también nuestro trato reflejará el aprecio por cada persona, el conocimiento de su mundo interior, que impulsa a caminar en la vida cristiana.

Javier Láinez

[Volver al contenido](#)

[1] *Camino*, n. 463.

[2] Para estos pasajes, cfr. *Lc* 7, 11-17; *Lc* 8, 40-56 y *Mt* 9, 18-26; *Mt* 15, 32; *Jn* 11, 35; *Lc* 9, 51-56.

[3] *Camino*, n. 409.

[4] *Es Cristo que pasa*, n. 71.

[5] *Camino*, n. 657.

[6] *Conversaciones*, n. 44.

[7] Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 46.

[8] *Evangelii gaudium*, n. 171.

[9] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, Rialp, Madrid 2010 (24.^a), n. 734.

[10] *Evangelii gaudium*, n. 171.

8. CRECER: UN PROYECTO EN FAMILIA

Abuelos, padres, hijos, nietos... llamados a dar en cada momento lo mejor de sí mismos

¡Cómo se parece a su madre! La misma sonrisa, ese movimiento de la mano cuando habla... hasta en el modo de andar... Muchas veces oímos o hacemos comentarios de este tipo. Porque, efectivamente, son muchos los aspectos que tomamos de la personalidad de nuestros padres y hermanos, sin apenas darnos cuenta. Algunos rasgos son heredados, como el color de los ojos o el temperamento, el modo de ser; tantos otros, en cambio, se han forjado con el trato, el roce diario, la formación: la vida.

Las notas de la madurez personal que mencionamos en este libro se siembran y germinan precisamente en el contexto familiar. Por eso, ¡qué importante es cuidar de la familia! Es, debe ser, la tierra buena en la que inicia, se desarrolla y acaba nuestro camino: «en cada edad de la vida, en cada situación, en cada condición social, somos y permanecemos hijos»^[1].

La oración de muchos hogares se vierte sobre quienes tienen la obligación de interpretar los desafíos que enfrenta la familia. Con agradecimiento recibimos las orientaciones, y hacemos nuestro el deseo del Papa: «hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para

consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas»^[2]. La responsabilidad sobre la institución familiar, querida por Dios, nos atañe a todos, ya sea como padres o hermanos... y a la vez, siempre como hijos. Vamos a considerar nuestro papel en el hogar en dos tiempos: ahora reflexionaremos acerca de lo que hace única a la familia, y acerca del “oficio” de padres e hijos. En el apartado siguiente profundizaremos en la vida familiar y en los detalles que la llenan de luz y de alegría.

Dar lo mejor en el hogar es darlo todo

Cada uno tiene su historia, la huella que han dejado en su vida tantas situaciones, alegres o dolorosas. También nuestro pasado se enmarca en los planes de Dios, que a veces son misteriosos para nosotros. Hay hogares en los que ha faltado un ejemplo cristiano, aunque tarde o temprano la figura de Cristo se ha acabado dejando entrever en un amigo, un pariente o un profesor. En muchas otras familias se mezclan el cariño y el esfuerzo por educar en la fe, junto con los defectos y limitaciones de padres y hermanos.

A nuestros familiares no los hemos escogido nosotros, pero sí los ha escogido Dios: Él contaba no solo con sus virtudes, sino también con sus defectos, para hacernos cristianos: «En la familia –de esto todos somos testigos– los milagros se hacen con lo que hay, con lo que somos, con lo que uno tiene a mano... y muchas veces no es el ideal, no es lo que soñamos, ni lo que “debería ser”»^[3].

Todos –abuelos, padres, hijos, nietos– estamos llamados a dar en cada momento lo mejor de nosotros mismos, con la ayuda de Dios, para dar forma cristiana a la familia. También los padres crecen con los hijos y, a medida que pasan los años, los papeles en la familia pueden cambiar: el que empujaba antes, ahora es llevado, el que iba delante deja su puesto a los que vienen detrás. El hogar, que forman

entre todos, es mucho más que el primer recurso para las necesidades elementales de nutrición, calor y vestido; es, junto con todo eso, el lugar en el que se descubre la belleza de los auténticos valores humanos; del dominio de sí y del respeto, tan necesario para las relaciones interpersonales^[4]; de la responsabilidad, de la lealtad, del espíritu de servicio. Valores, todos ellos, que se forjan a fuego lento, que requieren un sencillo pero fuerte sentido de pertenencia: la conciencia de que no haber sido simplemente arrojados al mundo, sino *acogidos* desde el principio en una pequeña porción de mundo, no hecha de tierra sino de cariño: una familia.

Dios mismo «eligió nacer en una familia humana, que él mismo formó. La formó en un poblado perdido de la periferia del Imperio Romano (...). Y uno podría decir: “pero este Dios que viene a salvarnos, ¿perdió treinta años allí, en esa periferia de mala fama?” ¡Perdió treinta años! Él quiso esto. El camino de Jesús estaba en esa familia»^[5].

Saber que nos quieren

Cientos de veces al minuto se renueva en la tierra lo que sucedió también con nosotros, cuando vimos la luz: «la alegría de que ha nacido un hombre en el mundo» (Jn 16, 21). Somos, sí, uno más entre tantos que nacieron el mismo día que nosotros... Y sin embargo, somos irrepetibles y queridos desde la eternidad: «cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario»^[6].

Nadie llega al mundo por accidente; cada uno vale mucho, lo vale todo. Incluso quien quizá no ha conocido a sus padres, o fue acogido en adopción por una familia. «Cada alma es un tesoro maravilloso; cada hombre es único, insustituible. Cada uno vale toda la sangre de Cristo»^[7]. A nuestros padres, sean quienes sean, con sus defectos y sus

dificultades, ¡les debemos tanto! Saben todo lo que Dios espera de ellos, y se esfuerzan por responder a esa llamada suave pero exigente: «fui niño todavía no nacido y me acogisteis, permitiéndome nacer; fui niño abandonado y fuisteis para mí una familia; fui niño huérfano y me habéis adoptado y educado como a un hijo vuestro»^[8].

A las pocas semanas de vida de sus hijos, las madres saben ya distinguir elementos del temperamento: cualidades del llanto, del sueño, del hambre... Viene luego la primera sonrisa, que es como el nacimiento de la personalidad, y a la vez uno de los primeros signos perceptibles de esa mimesis tan pronunciada en los niños, a quienes se les pega todo lo que ven. Los padres son para los hijos una fuente de seguridad: es elocuente ese gesto tan común del pequeño que se abraza a las piernas de su padre o de su madre ante la llegada de un extraño. Desde esa seguridad, el niño aprende a moverse y a salir de sí mismo, explora el mundo y se abre a los demás.

Aunque no estamos determinados totalmente por las circunstancias de nuestro nacimiento y educación, es decisivo para el crecimiento armónico de la personalidad que los hijos se sepan queridos desde el primer momento en la familia, para querer después a otros. El afecto y los cuidados –que incluyen la exigencia y fortaleza para ir limando el egoísmo al que tendemos todos– les ayudan a percibir su propio valor y el de los demás: ese amor tierno y recio de los padres les da la autoestima que les permitirá amar, salir de sí mismos.

Los lazos de amor que nacen en una familia cristiana no se rompen ni con el fin de la vida. Si alguien pierde a sus padres en los primeros años, la fe hace ver al mismo Jesús, a santa María o a san José, haciendo sus veces ya en la tierra, en tantas ocasiones a través de otras personas de corazón grande. Siguiendo la huella de esta Sagrada Familia,

intentamos ser muy humanos y muy sobrenaturales^[9] y mantenemos la esperanza de que un día sucederá lo que escribió santa Teresa: «Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi fue a mi padre y madre»^[10].

La genuina autorrealización

«Mamá, ¿te gustaba hacer la comida? ¿Lavar la ropa? ¿Limpiar la casa? ¿Llevarnos al colegio?...». Este interrogatorio de una hija a su madre, ya anciana, recuerda a la buena mujer esos momentos en que las cosas no salían bien, en el cansancio ante las faenas del hogar, en los apuros económicos y las preocupaciones por esas fiebres altas de invierno que aquejaban a sus pequeños...; en algún que otro plato que había estampado contra la pared en un momento de impaciencia... Y responde, lacónica: «gustarme..., no mucho, pero sí os quería, y vibraba al veros crecer». ¡Cuántas madres y padres se comportan así! A muchos habría que darles un premio, comenta el Papa, pues han aprendido «a resolver una ecuación que ni siquiera los grandes matemáticos saben resolver: hacer que veinticuatro horas rindan el doble. (...) De 24 horas hacen 48: ¡no sé cómo hacen, pero se mueven y lo hacen!»^[11].

Una familia, no perfecta, pero armónica, distingue bien la identidad de cada uno de sus miembros. La autoridad la poseen los padres, pero sin imponerla. No tienen como meta amaestrar a los niños, sino guiarlos para que desarrollen sus potencialidades, con la luz y el ejemplo de su cariño. Son responsables del ambiente de la familia tanto el padre como la madre, y para cada uno la entrega al otro y a los hijos se convierte en un camino de crecimiento personal.

La convivencia familiar ayuda también a descubrir algunos talentos en los que quizá no se había reparado, pero que los demás valoran: capacidad de ternura, fortaleza de ánimo, buen humor, etc. El amor a la propia familia hace que,

incluso en medio de las dificultades, cada uno saque lo mejor de sí, el lado positivo del propio carácter. Y cuando, por el cansancio o la tensión, salga más bien lo peor de uno mismo, será el momento de pedir perdón y recomenzar. «Reconocer el hecho de haber faltado, y mostrar el deseo de restituir lo que se ha quitado –respeto, sinceridad, amor– hace dignos del perdón. Y así se detiene la infección (...). Muchas heridas de los afectos, muchas laceraciones en la familias comienzan con la pérdida de esta preciosa palabra: “Perdóname”»^[12].

La mujer podrá descubrir que sus cualidades como madre son insustituibles. El empeño por ser fiel a Dios en esta misión la llevará a crear un ambiente acogedor y apto para el crecimiento personal, para el cariño y el respeto, para el sacrificio y el don de uno mismo. «La mujer está llamada a llevar a la familia, a la sociedad civil, a la Iglesia, algo característico, que le es propio y que sólo ella puede dar: su delicada ternura, su generosidad incansable, su amor por lo concreto, su agudeza de ingenio, su capacidad de intuición, su piedad profunda y sencilla, su tenacidad...»^[13].

El padre también se descubre como guía ante sus hijos: les ayuda a crecer, juega con ellos y deja que se desarrolle el modo de ser de cada uno. Un padre cristiano sabe que su familia será siempre su principal negocio, en el que se realiza en todas sus dimensiones. Por eso es preciso que esté en guardia ante los ritmos de vida demasiado intensos y estresantes, que nublan la vista de los objetivos más valiosos, y pueden llevar precisamente por eso a desequilibrios psíquicos y a un resentimiento de las relaciones familiares.

¡Qué importante es, por eso, que los padres sean cercanos –su ausencia causa múltiples problemas–, y que fomenten siempre el orgullo de transmitir a los hijos la sabiduría del corazón!^[14]. En un hogar «luminoso y alegre»^[15], el padre

vive y dona su paternidad, la madre vive y dona su maternidad: cualidades complementarias e irremplazables, capaces de llenar el corazón. Y esto, con independencia de cuántos hijos envíe Dios al matrimonio; y, si los hijos no llegan, pueden ejercer una paternidad y una maternidad espiritual con otros miembros de la familia y amigos.

La espera y el compromiso

«Tal vez no siempre somos conscientes de ello, pero es precisamente la familia la que introduce la fraternidad en el mundo»^[16]. La estructura básica de los pueblos, la paz de las naciones, se apoya en el ofrecimiento libre, por amor, del hombre y la mujer; en su fidelidad a un sí que marca para siempre sus vidas.

Hoy abunda el hambre de aventuras. La oferta es múltiple: propuestas de lo más variadas, intensas, breves, apasionantes, como una inmersión en el océano, una incursión al techo del mundo o un salto en el vacío. El compromiso definitivo tiene colores menos llamativos, pero despierta siempre admiración, porque estamos hechos para amar para siempre, y en el fondo todo lo demás nos sabe a poco. Un amor que no fuera para siempre, un sí con letra pequeña, no sería amor.

En la vida familiar es preciso soportar tempestades y crisis, pero la fidelidad al sí que fundó el hogar puede ser siempre más fuerte que todos ellos: «fuerte como la muerte es el amor» (Ct 9, 6). Grandes motivos hacen soportar grandes dificultades; y aquí los motivos no son solo una idea o una institución: son, sobre todo, personas. El sí del amor llega tan adentro de nuestro ser que no podemos negarlo sin resquebrajarnos.

Por supuesto, todo gran proyecto entraña un gran riesgo, y muchos jóvenes hoy no se atreven al sí para siempre, por miedo a equivocarse. Pero de hecho es un error aun mayor

quedarse a las puertas del amor al que está llamado nuestro corazón. Por eso, se trata de asegurar el corazón, de hacerlo crecer: ese es el sentido cristiano del noviazgo, «un itinerario de vida que debe madurar como la fruta, (...) un camino de maduración en el amor, hasta el momento en que se convierte en matrimonio»^[17]. El mejor entrenamiento para ese sí, y el mejor *test* de su solidez, es la capacidad de esperar, que la Iglesia no se cansa de pedir a los novios, aunque a veces no se acierte a entender sus motivos: «Quien pretende querer todo y enseguida, luego cede también en todo –y enseguida– ante la primera dificultad (...). El noviazgo fortalece la voluntad de custodiar juntos algo que jamás deberá ser comprado o vendido, traicionado o abandonado, por más atractiva que sea la oferta»^[18].

De unos padres que custodian juntos ese amor, aprenden los hijos. Estos son los hogares que dan los mejores ciudadanos, dispuestos a sacrificarse por el bien común: trabajadores honrados en lo propio y en lo ajeno, profesores entusiastas, políticos coherentes, abogados justos, médicos abnegados, cocineros que hacen del plato una obra de arte... A esta sombra crecen nuevas madres y padres fieles, y muchos que se entregan a Dios por completo para servir a la común familia humana, en una vocación en la que brillan también la maternidad y la paternidad.

Con el transcurso del tiempo la aventura prosigue: las paredes quedan pequeñas, surgen nuevos hogares, nuevos amores. Renace el entusiasmo, la alegría de vivir. Existe por eso «un vínculo estrecho entre la esperanza de un pueblo y la armonía entre las generaciones. La alegría de los hijos estremece el corazón de los padres y vuelve a abrir el futuro»^[19].

Wenceslao Vial

Volver al contenido

- [1] Francisco, *Audiencia*, 18-III-2015.
- [2] *Amoris Laetitia*, 19-III-2016, n. 307. La exhortación apostólica, fruto de dos sínodos sobre la familia, fue publicada cuando este libro estaba casi terminado.
- [3] Francisco, *Homilía en la santa Misa por las familias*, Guayaquil 6-VII-2015.
- [4] Cfr. Juan Pablo II, Ex. Ap. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 66.
- [5] Francisco, *Audiencia*, 17-XII-2014.
- [6] Benedicto XVI, *Homilía en el solemne inicio del ministerio petrino*, 24-IV-2005.
- [7] *Es Cristo que pasa*, n. 80.
- [8] Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 2-II-94, n. 22.
- [9] Cfr. *Forja*, n. 290.
- [10] Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, cap. 38.
- [11] Francisco, *Audiencia*, 26-VIII-2015.
- [12] Id., *Audiencia*, 13-V-2015.
- [13] *Conversaciones*, n. 87.
- [14] Cfr. Francisco, *Audiencias*, 28-I-2015 y 4-II-2015.
- [15] *Es Cristo que pasa*, n. 78.
- [16] Francisco, *Audiencia*, 18-II-2015.
- [17] Francisco, *Audiencia*, 27-V-2015.
- [18] *Ibíd.*

[19] Francisco, *Audiencia*, 11-II-2015.

9. LOS DETALLES DEL HOGAR

La familia es escuela del amor gratuito y sincero

Crepita el fuego en la chimenea durante una apasionada conversación sobre una antigua batalla. Uno de los interlocutores tiene entonces una salida sorprendente: «Creo que hay plácidas victorias y contiendas y grandes sacrificios propios y actos de noble heroísmo (aun en muchas de sus aparentes ligerezas y contradicciones) no menos difíciles de conseguir, porque no tienen crónica ni público terrenales, pero que se realizan todos los días en los más apartados rincones, en las pequeñas familias y en los corazones de hombres y mujeres. Cualquiera de estos podría reconciliar con el mundo al hombre más exigente y llenarle de fe y de esperanza en él»^[1].

El futuro del mundo no se forja solo en las grandes decisiones internacionales, por cruciales que puedan ser; se decide sobre todo en esa contienda cotidiana, en el «amor paciente»^[2] que es la labor discreta de abuelos, padres e hijos. El proyecto de crecer —un crecer, sobre todo «para adentro»^[3]—, que acompaña a cada persona a lo largo de su vida, es necesariamente un trabajo de equipo: todos juntos, *al paso de Dios* y con su soplo en las velas del alma.

Respirar un mismo aire

En una familia en la que se respira aire cristiano, se comparten tareas, preocupaciones, triunfos y fracasos. Todo es de todos y, a la vez, se respeta lo de cada uno: se enseña a los hijos a ser ellos mismos, pero sin aislarse en los propios gustos y preferencias. En el hogar se valoran las cosas que unen, que son como el aire que permite a cada uno respirar a gusto, llenar los pulmones y desarrollarse.

En esta tarea de mantener el aire de familia todos son importantes, hasta los más jóvenes. Por eso, conviene ir dando a los hijos pequeñas responsabilidades, acordes con su edad, que les lleven a salir de sí mismos, a descubrir que la casa funciona porque colaboran todos: regar una planta, poner la mesa, hacer la cama y ordenar la propia habitación, cuidar de otro hermano más chico, salir de compras... Poco a poco se les hace participar en las decisiones: no se imponen sin más los planes familiares, sino que se los presenta de modo atractivo. Así nadie queda aislado y se plasman formas de ser abiertas, generosas, con preocupación por el mundo y las otras personas.

El afecto lleva a sincronizar las vidas, a compartir con los demás los nuevos capítulos de la propia “serie”. Ayuda mucho tener momentos de descanso en común, actividades que unen y que permiten disfrutar de tantas cosas buenas. Cuando se presenta el dolor, la caridad –cariño sobrenatural– nos mueve a distribuir el peso: «llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo» (*Gal 6, 2*). Nadie puede vivir como extraño en la propia casa; es imprescindible tener iniciativa, levantar la mirada y prestar atención a los demás: aficiones, planes, amistades, trabajo, preocupaciones... Son cosas que requieren tiempo, que es precisamente lo mejor que un padre puede dar a sus hijos, y que los hijos pueden dar a sus padres.

En una familia cristiana hay también disciplina, pero amable: así los hijos aprenden a gusto y poco a poco, con el

ejemplo de los mayores. La corrección se acompaña de buenos modos, que reflejan el afecto; además, se explican los porqués, y se procura «no derramar, en los demás, la hiel del propio mal humor»^[4]. En ocasiones, hace falta ser especialmente claros, pero los padres no olvidan que las virtudes y los valores cuajan sobre todo cuando los hijos los ven encarnados en sus propias vidas. La fortaleza, la templanza, el pudor, la modestia, vividas en lo cotidiano, se les presentan entonces como auténticos bienes: les resultan connaturales, como el aire que respiran. Esto vale especialmente para la formación de la afectividad: los padres que exteriorizan su cariño mutuo en los detalles más sencillos de la convivencia –aunque sin manifestaciones de afecto que deben quedar en la intimidad de los esposos— introducen fácilmente a los hijos en el misterio del amor verdadero entre un hombre y una mujer.

«Si tuviera que dar un consejo a los padres, les daría sobre todo este: que vuestros hijos vean –lo ven todo desde niños, y lo juzgan: no os hagáis ilusiones— que procuráis vivir de acuerdo con vuestra fe, que Dios no está solo en vuestros labios, que está en vuestras obras; que os esforzáis por ser sinceros y leales, que os queréis y que los queréis de veras»^[5].

Gracias, por favor, perdón

En un hogar «luminoso y alegre»^[6] hay un trato sencillo y confiado. Y a la vez, la cercanía no da lugar a la indelicadeza ni a la insolencia. Todos tenemos defectos, podemos fallar y herir; pero poseemos la capacidad de pasar por alto incomprendimientos o malentendidos, sin albergar rencor. A cualquier nivel, de padres a hijos, de hijos a padres o entre hermanos, hay que fijarse en lo positivo, lo que une. Como en cualquier convivencia, a veces surgirán discusiones o riñas, pero vale la pena terminar el día reconciliados: es el momento de llevar a la práctica la enseñanza de Cristo de no

poner límites al perdón (cfr. *Mt* 18, 21-22). Además, pedir perdón madura el alma propia y la del que recibe o presencia una excusa sincera. «Escuchad bien: ¿habéis discutido mujer y marido? ¿Los hijos con los padres? ¿Habéis discutido fuerte? No está bien, pero no es este el auténtico problema. El problema es que ese sentimiento esté presente todavía al día siguiente. Por ello, si habéis discutido, nunca terminar el día sin hacer las paces en la familia»^[7].

Quien quiere de verdad, sabe comprender y disculpar; es más: lo necesita. Y desde la familia, exporta al mundo este ambiente. Para transformar la selva, comencemos por nuestro jardín, por la «ecología de la vida de cada día», que se manifiesta «en nuestra habitación, en nuestra casa, en nuestro lugar de trabajo, en nuestro barrio»^[8]. La familia es «el lugar de la formación integral, donde se desenvuelven los distintos aspectos, íntimamente relacionados entre sí, de la maduración personal. En la familia se aprende a *pedir permiso* sin avasallar, a *decir gracias* como expresión de una sentida valoración de las cosas que recibimos, a dominar la voracidad o la agresividad, y a *pedir perdón* cuando hacemos algún daño»^[9].

Esta actitud nos ayuda a relativizar los problemas que se pueden dar en la convivencia, y a descartar la idea de que en otras circunstancias todo sería más sencillo. Suele ser más fácil juzgar positivamente a quienes no conviven con nosotros. Incluso alguien con una psicología equilibrada tiende a idealizar lo bueno de amigos y conocidos, y a poner en cambio en primer plano los defectos y errores de los familiares más cercanos. Sin embargo, ¡qué necesario es conocer y remediar estos prejuicios! Ni la sonrisa y amabilidad de quien vemos muy de vez en cuando es siempre así; ni aquel comentario desabrido de un hermano o hermana, después de un mal día o una mala noche, refleja

toda su forma de ser, o indica la opinión que tiene de nosotros. Además, es bueno saber que cuando hay más confianza con alguien es lógico que se baje un poco la guardia y surjan más fácilmente desahogos, en una u otra dirección; parte del cariño consiste entonces en comprender^[10]; en ser, si es necesario, paño de lágrimas.

Las etapas del desarrollo, con sus respectivas crisis, son retos que requieren paciencia, porque la maduración casi nunca se produce de golpe. En especial la adolescencia, más o menos prolongada, afecta al ambiente del hogar y en ocasiones trae discordias y mayor nerviosismo en grandes y chicos. Pero pasa el tiempo y, si se ha afrontado bien la crisis, la familia sale fortalecida de ella: las aguas no solo vuelven a su curso, sino que se hacen más fuertes y saludables.

Es normal que, al llegar a la adolescencia, los hijos necesiten espacios de libertad, formar su propio núcleo de amistades, aprender a volar solos. Los padres seguirán siendo el punto de mira, aunque la vivacidad juvenil no quiera aceptarlo. Por eso, es importante que no aparezcan solo como la “autoridad”, sino que fomenten también un trato amigable y lleno de confianza. Los padres animan a tomar decisiones y muestran los obstáculos; señalan tanto las rocas que pueden encontrar al *navegar* como el faro al que vale la pena dirigirse. Y esto se transmite más con el ejemplo que con muchas palabras o reglas, aunque lógicamente algunas sean necesarias.

En todo caso, hay que confiar en los hijos, porque solo en un clima de confianza crece la libertad. Es incluso preferible, decía san Josemaría, que los padres «se dejen engañar alguna vez: la confianza, que se pone en los hijos, hace que ellos mismos se avergüencen de haber abusado, y se corrijan; en cambio, si no tienen libertad, si ven que no se confía en ellos, se sentirán movidos a engañar siempre»^[11].

Una familia que reza unida permanece unida

En la familia también se aprende a tratar con Dios: se aprende a rezar. ¡Cuánto apreciaba san Josemaría las oraciones que le enseñó su madre! «Sin las madres, no solo no habría nuevos fieles, sino que la fe perdería buena parte de su calor sencillo y profundo»^[12]. Lo habitual es que los padres enseñen a los hijos a leer esta partitura. No pocas veces, sin embargo, se produce un intercambio de papeles, y la Providencia se sirve de los hijos para que papá o mamá descubran la espléndida melodía de la fe.

En tantas ocasiones, será posible y útil rezar todos juntos, recordando que «la familia que reza unida permanece unida»^[13]. La piedad transparente y sincera alumbra hacia adentro y hacia afuera de la casa, y se va engarzando serenamente con las demás ocupaciones diarias. No importa que a veces existan distracciones: los hijos que van de un lado a otro, las múltiples tareas del hogar... Cuando ponemos lo que está de nuestra parte, esas distracciones no generan disonancias, sino que resuenan armónicamente también en el cielo.

De unos padres fieles surgen nuevos padres fieles, y también muchos que, aceptando la invitación de Dios, siguen un camino vocacional en el celibato. Ni el amor a otra persona ni el amor a Dios compiten con el afecto a nuestra familia, sino que lo aumentan. Siempre, en cada momento de la vida, corre por nuestras venas la misma sangre: estamos unidos, a pesar de que puedan mediar distancias, compromisos y múltiples obligaciones. Un signo de madurez es precisamente la capacidad, que se aprende con el tiempo, para compaginar los deberes que provienen del propio hogar que formamos con el cultivo del cariño filial y fraternal hacia la familia de origen. Contamos con su oración para nuestra misión en la vida, y nosotros les apoyamos con la nuestra. No se trata de un mero premio de

consolación: «un hermano ayudado por su hermano es plaza fuerte y alta, fuerte como muralla real» (*Pr* 18, 19).

Del hogar a la periferia

Los grandes frentes de la familia no se agotan en ella misma. Del mismo modo que sería imposible madurar centrándose en uno mismo, la vida familiar crece abriéndose al exterior. Un hogar cristiano tiene, sí, unas puertas que protegen la intimidad, que dan el ambiente adecuado para el crecimiento, pero que no asfixian ni tapan los ojos.

Por eso, la solidaridad forma parte importante de la misión de las familias cristianas: se sale así, con creatividad, al encuentro de los más necesitados, se busca el desarrollo de la cultura y la educación para todos, el cuidado de la tierra como la casa común... Las carencias son muy variadas y muchas veces no coinciden con las prioridades que algunas ideologías o grupos minoritarios lanzan a la agenda del mundo. Qué grandes ejemplos hemos visto de hogares que salen al encuentro de inmigrantes sin techo; de familias numerosas que reciben un nuevo hijo; de padres que se sacrifican por los suyos y por los de otros, superando los aprietos con heroísmo; de matrimonios sin hijos que dedican su vida a ayudar a otras familias.

Y lo mejor es que “todo queda en casa”: los primeros en ganar con estas iniciativas son los del propio hogar. Y de casa al mundo: la familia, escuela de amor gratuito y sincero, es «el antídoto más fuerte ante la difusión del individualismo egoísta»^[14]. Quien ha crecido con «el “sano prejuicio psicológico” de pensar habitualmente en los demás»^[15] disfruta escuchando, comprendiendo, conviviendo, resolviendo necesidades concretas de sus hermanos los hombres.

Las familias no están solas

El panorama de las familias, su papel en la Iglesia y el mundo, es apasionante. A la vez, no se escapan a nadie las dificultades por las que atraviesan. Pero las familias no están solas: mucha gente buena dedica tiempo y energías en ayudar a los padres en su tarea de formación. Colegios, clubes juveniles y tantas otras iniciativas, son un soporte a veces decisivo para el cuidado de los jóvenes, de los ancianos. El apoyo a las tareas del hogar, no exclusivas de las madres, es otra columna de los hogares cristianos: por eso, a quienes vuelcan su vida en transmitir su ciencia y su experiencia en este campo, les decía san Josemaría que tienen «más eficacia educadora que muchos catedráticos de universidad»^[16].

¿Qué decir, por último, cuando a pesar de los esfuerzos queda la impresión de que se podría haber hecho más? Cuántos padres que procuran educar lo mejor posible a sus hijos, lo mejor que han sabido, los ven luego con problemas materiales y espirituales, faltos de fe o con vidas desarregladas. Además de seguir profundizando para prevenir y mejorar, si llega esta situación, es la hora de imitar al Padre de la parábola, que sin forzar la libertad del hijo, sale a su encuentro, disponible para ayudarle apenas dé una señal de querer corregirse (cfr. *Lc* 15, 20). Es el momento de acudir más al cielo, diciendo quizá: Dios mío, ahora te toca a ti. «Los padres deben ser pacientes. Muchas veces no hay otra cosa que hacer más que esperar; rezar y esperar con paciencia, dulzura, magnanimidad y misericordia»^[17].

Wenceslao Vial

[Volver al contenido](#)

- [1] Charles Dickens, *La batalla de la vida*, en *Obras Completas*, Aguilar, Madrid 1948, vol. I, p. 1135.
- [2] Francisco, *Homilía en la santa Misa de clausura de la peregrinación de las familias*, Roma 27-X-2013.
- [3] *Camino*, n. 294.
- [4] *Es Cristo que pasa*, n. 174.
- [5] *Ibíd.*, n. 28.
- [6] *Ibíd.*, n. 78.
- [7] Francisco, *Audiencia*, 13-V-2015.
- [8] Id., Enc. *Laudato si'*, 24-V-2015, n. 147; cfr. *Audiencia general*, 13-V-15.
- [9] *Laudato si'*, n. 213.
- [10] Cfr. *Camino*, n. 463.
- [11] *Conversaciones*, n. 100.
- [12] Francisco, *Audiencia*, 7-I-2015.
- [13] Juan Pablo II, Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, n. 41.
- [14] Francisco, *Audiencia*, 7-I-2015.
- [15] *Forja*, n. 861.
- [16] *Conversaciones*, n. 88.
- [17] Francisco, *Audiencia*, 4-II-2015.

10. LOS DEMÁS Y YO: VERSOS DEL MISMO POEMA

En un grupo humano, los demás no están simplemente ahí afuera, como una piedra junto al camino

«Vio Dios que era bueno»^[1]. Sobre el fondo de este estribillo, que envuelve todo el primer relato de la creación del mundo, se nos presenta en contraste «el pensamiento de Dios, casi el sentimiento de Dios (...) que observa a Adán solo en el jardín: es libre, es señor... pero está solo. Y Dios ve que esto “no es bueno”»^[2]: la soledad del hombre es como una pieza que no encaja en el diseño de la creación. Cuando finalmente el Señor le presenta a Eva, que es hueso de sus huesos y carne de su carne (cfr. *Gen 2, 23*), Adán se libera de una extraña melancolía que él mismo no lograba explicarse. Ahora sí puede decir con Dios que “todo es bueno”: afianzado sobre su vocación al encuentro con *otros como él*, el mundo deja de resultarle un lugar inhóspito.

Vivir con los demás mejora nuestra personalidad, pero nos quedaríamos muy cortos si nos limitáramos a esa constatación. Necesitamos a los demás, y ellos nos necesitan: nunca están *de más*; son la tierra a la que siempre pertenecemos, y desde la que Dios nos llama a recibir y a acoger a todos. Porque tenemos una historia, una familia, un vecindario, una cultura, cada uno de nosotros es

hogar —lugar de acogida— y puede crear hogar allí donde va. Porque tenemos casa, podemos ver el mundo como casa: como nuestra propia casa y, a la vez, como «la gran casa común»^[3]. El afecto hacia nuestras raíces, el cultivo sereno de nuestro modo de ser... todo ello nos permite amar y ser amados, acoger y ser acogidos.

Con los demás y para los demás

Una de las experiencias basilares de nuestra vida es que han contado con nosotros: alguien nos ha cuidado, nos ha sacado adelante. Cada uno es un ser “recibido”. Nadie crece solo; y nadie, en realidad, está solo, aunque algunas vidas de hecho se desarrollen así. La desestructuración familiar y, como consecuencia, el abandono en el que viven muchos niños, no hacen de este principio antropológico fundamental una idea bonita pero inútil. No faltan personas que han crecido en entornos hostiles y quedaron dañadas por la carencia de amor, que también por eso son sensibles al afecto y pueden convertirse en *tierra de acogida* para los demás. Quien ha sufrido mucho puede amar mucho.

«Ninguna vida humana es una vida aislada, sino que se entrelaza con otras vidas. Ninguna persona es un verso suelto, sino que formamos todos parte de un mismo poema divino»^[4]. Los demás no están simplemente ahí afuera, como una piedra junto al camino: nos pertenecen y les pertenecemos, más íntimamente de lo que podemos pensar. Lo entenderemos plenamente en el cielo, aunque en la tierra se logra entreverlo, cuanto más cerca se vive de Dios y de quienes nos rodean. Este mutuo pertenecerse tiene dos implicaciones de gran alcance: los demás se apoyan en mí, y yo puedo y debo apoyarme en ellos. Querer y dejarse querer: el camino siempre abierto de la madurez pasa por incorporar a la propia vida esos dos aspectos de nuestro «ser con los demás y para los demás»^[5].

La adolescencia es el primer momento en que este desafío sale a flote de modo claro. Entretanto los padres han dado forma al corazón de quien ahora empieza a andar por cuenta propia. Aunque casi todo tiene arreglo, esa labor previa de los padres define en buena medida nuestra mirada hacia el mundo, y lo que la deslumbra.

El adolescente tiende fácilmente a escoger modelos diferentes de los de sus padres, porque empieza a notar la necesidad de afirmarse. Nutre sentimientos ambivalentes: junto a la percepción de la propia dependencia, percibe una sed de emancipación, y por eso el amor a los padres va a la par de un cierto rechazo hacia su propio hogar; es un principiante, pero quiere convencerse de que tiene seguridad; busca distinguirse, pero a la vez quiere pertenecer a un grupo. Se trata de un momento difícil para el interesado y para sus padres; pero, más allá de las manifestaciones un poco extravagantes de este afán por singularizarse, el verdadero fondo de lo que sucede al adolescente es que se está ampliando el sentido de sí mismo.

Si es característico de la infancia referir todo al propio *yo*, con la llegada progresiva de la madurez el yo se extiende, se abre a los demás: se empieza a percibir el afán —y la responsabilidad— de hacer aportaciones personales; se descubre que los otros tienen sus intereses e ilusiones. “Los demás existen”: precisamente un signo claro de inmadurez consiste en la incapacidad de enfrentarse a esa nueva exigencia de la vida. La superprotección por parte de los padres —un cariño mal entendido, un excesivo celo por ahorrar dificultades e incomodidades— puede generar ese rasgo de personalidad. Más adelante se descubre ese rastro, por ejemplo, en padres o madres que viven para su trabajo, sus aficiones, sus amistades, su forma física, y que se desentienden de la educación de sus hijos; propietarios que no solo se despreocupan de su comunidad de vecinos sino

que hacen imposible la deliberación pacífica de los asuntos; personas que acumulan agravios para convencerse de que los conflictos se deben siempre a otros.

Los dones son para servir

Nos debemos a los demás. Esta es una convicción que, depurada de servilismo o de ingenuidad, denota madurez. Significa que en cierto sentido “mi tiempo no es mío”, porque los otros me necesitan. El descanso, la diversión, la formación cultural y profesional, adquieren entonces una perspectiva más amplia: se desdibujan las fronteras entre lo mío y lo de los demás, sin que esto suponga evasión de la propia responsabilidad, ni invasión de la libertad ajena. Se trata de un planteamiento connatural para un cristiano: «Si el Señor te ha dado una buena cualidad –o una habilidad–, no es solamente para que te deleites, o para que te pavonees, sino para desplegarla con caridad en servicio al prójimo»^[6].

El egoísmo nos pone fuera de la realidad: nos hace olvidar que todo en nuestra vida es don. «¿Tienes algo que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado?» (1 Cor 4, 7). Si todo lo que tenemos es don, con más razón lo son los demás. Y, sin embargo, a veces vivimos como si no existieran, o les sometemos de modos sutiles a nuestro criterio o a nuestros intereses: más que recibirles, nos apropiamos entonces de ellos.

«Cada persona tiende a prepararse una especie de estuche muy cómodo, donde se encierra él, y que los demás se fastidien»^[7]. Esta tendencia a hacer girar el mundo alrededor de nuestro yo es un principio de inmadurez al que siempre tenemos que ir ganando terreno, serenamente. Concebimos entonces el proyecto de nuestra vida no como una obra individual sino como una aportación a la felicidad de todos. Descubrimos y redescubrimos, así, que la

verdadera realización no es nunca mera “autorrealización”. «Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio (...). Yo *soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar»^[8].

Es un hecho que, en cualquier grupo humano, cada uno se implica hasta donde quiere, porque hay muchas cosas del día a día que no se pueden pactar ni prever de antemano. Las familias y las sociedades salen adelante gracias a esos esfuerzos gratuitos. Desvelos de personas que, a veces rodeadas por la apatía de quienes prefieren no complicarse la vida, entienden que otros han dedicado tiempo a verles crecer en el cuerpo y en el alma, y saben que están llamadas a esa misma lógica, la única que verdaderamente libera: padres y madres de familia, hijos que cuidan de sus padres, estudiantes que ayudan a sus compañeros con dificultades, trabajadores que se enfrentan a problemas de los que nadie quiere ocuparse. «Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes. —¡Esto sí que es fina virtud de hijo de Dios!»^[9]

Evidentemente, este modo de ver la vida no se confunde con el servilismo de quien se prodiga en hacer todo tipo de tareas, sin ayudar a los demás a exigirse, ni con la ingenuidad de quien permite que se aprovechen de sus buenas intenciones. Servir no significa siempre hacer cosas: implica sobre todo ayudar a los demás a crecer, y esto lleva también a dejar espacio a la responsabilidad que tienen.

Cercanía

La vida moderna tiende a prever soluciones técnicas para casi todos los problemas, ocultando a veces el calor humano de la ayuda mutua. Sin embargo, ante situaciones que sacuden nuestra seguridad, como por ejemplo un desastre natural o un accidente, se manifiesta espontáneamente una solidaridad, un sentido de comunidad que yacía bajo las exigencias del ajetreo cotidiano... Surgen de nuevo las cosas que unen, se despiertan como de un encantamiento: se vuelve a lo esencial. Esto mismo sucede a menor escala, con baches personales como la muerte o la enfermedad de una persona querida... o con episodios del trato diario que, por nuestras propias circunstancias, pueden adquirir un relieve importante: por ejemplo cuando una persona nos ha hecho notar, incluso sutilmente, la «amargura de la indiferencia»^[10], frío que hiela el alma; o, al contrario, cuando hemos percibido el calor de un interés sincero por nosotros... Se despierta entonces el alma hacia lo verdaderamente importante: acoger.

«Era peregrino y me acogisteis» (*Mt 25, 35*). Todos somos en cierto modo peregrinos, y esperamos ser acogidos: que nos reconforten, nos escuchen, nos miren a la cara. Madurez significa adquirir esa sensibilidad hacia los demás, y también, a veces, pasar por encima de la falta de la sensibilidad de otro, aunque podamos sufrir con ello. En ocasiones convendrá aconsejar al que yerra, haciéndole ver su poco tacto; otras veces, la mejor pedagogía será el contagio: la delicadeza, tarde o temprano, despierta la sensibilidad del más tosco.

Esa sensibilidad lleva también a las personas a tener iniciativas que se plasmen en su entorno más inmediato, ocupándose por ejemplo de «un lugar común (un edificio, una fuente, un monumento abandonado, un paisaje, una plaza), para proteger, sanear, mejorar o embellecer algo que es de todos. A su alrededor se desarrollan o se recuperan

vínculos y surge un nuevo tejido social local. Así una comunidad se libera de la indiferencia consumista (...). De esa manera se cuida el mundo y la calidad de vida de los más pobres, con un sentido solidario que es al mismo tiempo conciencia de habitar una casa común que Dios nos ha prestado»^[11].

La madurez que implica esa cercanía a los demás es distinta de la facilidad para la relación que es propia de las personas locuaces o extrovertidas. Se trata sobre todo de saber *estar*: observar, escuchar, acoger, aprender de todos. Especialmente en una época en la que las tecnologías de comunicación permiten relacionarse con mucha gente, se hace necesario redescubrir la fuerza del *estar* genuino, de la presencia personal. Un *smartphone* puede permitirnos contactar enseguida a cualquiera, pero no por eso nos hace más cercanos. En el ámbito virtual, uno dispone quiénes son sus “vecinos”, sus “amigos”, y paradójicamente esto puede hacernos perder de vista a quienes la vida pone a nuestro lado. Aunque se ha vuelto algo habitual, no deja de ser desoladora la estampa de un grupo de personas juntas que, en lugar de hablar entre sí, *gestionan* sus respectivos mensajes y perfiles: la comunicación virtual absorbe entonces a la comunicación real; casi sin darnos cuenta, podemos vivir pendientes de ver si alguien se ha acordado de nosotros, en lugar de pensar: ¡el que está a mi lado me necesita! Y lo mejor que puedo darle es mi cercanía. Precisamente esa opción por la presencia personal, en la que nos exponemos al contacto directo, a la realidad sin filtros, nos hace crecer en humanidad; nos despierta una vez más a lo verdaderamente importante. Pensar en los demás, rezar por ellos, nos lleva a vivir para ellos. «Solo así se vive la vida de Jesucristo y nos hacemos una misma cosa con Él»^[12].

Carlos Ayxelà

Volver al contenido

- [1] Cfr. *Gen* 1, 10.12.18.21.25. El versículo 31 apostilla: «Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno».
- [2] Francisco, *Audiencia*, 22-IV-2015; cfr. *Gen* 2, 18.
- [3] *Laudato si'*, n. 13.
- [4] *Es Cristo que pasa*, n. 111.
- [5] *Evangelii gaudium*, n. 273.
- [6] *Surco*, n. 422.
- [7] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Notas de una reunión familiar*, 21-X-1973 (AGP, biblioteca, PO1, 1974, p. 319).
- [8] *Evangelii gaudium*, nn. 272-273.
- [9] *Camino*, n. 440.
- [10] Josemaría Escrivá de Balaguer, *Carta* 11-III-1940, n. 7.
- [11] *Laudato si'*, n. 232.
- [12] *Via Crucis*, XIV estación.

11. ALCANZAR LA IDENTIDAD

La vida llena de sentido se cierra con una identidad plena, como con una joya

¿Quién es usted?... En una entrevista de trabajo, en la aduana de un aeropuerto, navegando por internet y en muchas otras circunstancias, se nos piden datos personales. Somos capaces de darlos: nombre, fecha de nacimiento, ocupación, ciudadanía..., altura, peso y color de los ojos... Incluso podemos señalar algunas características de nuestro modo de ser: soy buen o mal deportista, con tendencia a engordar, ágil o torpe, optimista o pesimista, tímido o expansivo y hablador. Pero, ¿no es verdad que, con todo, queda aún por decir realmente *quién soy yo?*

Al inicio de estas páginas sobre la formación de la personalidad vimos que un cristiano maduro tiene un proyecto elevado, claro y armónico de la vida, iluminado por su vocación de hijo de Dios. Conocer ese proyecto y hacerlo propio es lo que nos permite definirnos mejor. Los sucesivos capítulos nos han ido permitiendo comprender el proceso de crecimiento y los signos de la madurez, que incluye la acción del Espíritu Santo en nuestras almas. Al inicio, durante y al final de este proceso nuestra identidad está siempre haciéndose: ya de niños sabemos quiénes somos, y conocemos parte del plan, aunque a la vez está todo por hacer... Poco a poco ese proyecto se va desplegando,

tomamos más consciencia de nuestro valor y misión en el mundo; damos nombre a las limitaciones y habilidades; descubrimos lo bueno y lo malo que existe en los demás. Al principio, nuestros padres deciden por nosotros el nombre, la alimentación, la iniciación en la fe, la escuela... En la adolescencia se refuerza lo que nos distingue, y en las etapas sucesivas se extienden las alas de un vuelo autónomo, aunque no en solitario. Al final de nuestra existencia terrena, la vida que ha estado llena de sentido se cierra con una identidad plena, como el broche de una joya. Culmina así ese esbozo de nuestra historia que intentamos escribir sobre la tierra, con la mano de Dios que guía nuestros trazos, y se abre ante nosotros la verdadera historia: reencontraremos, con «el ciento por uno»^[1], todo lo que hemos querido y todos aquellos *con* quienes hemos querido.

Apuntar al centro de la diana

Como un arquero que lanza la flecha, si queremos dar en el blanco debemos apuntar alto y hacia adelante. Hemos de tener a la vista los ideales, y dirigirnos a ellos. Una persona madura intentará recordarlos antes de emprender cada tarea o de decidir. De este modo, no confundirá los medios con la meta. Porque sabe quién es y adónde va, no se engañará con las apariencias de felicidad de los placeres fáciles, ni la ilusión de autonomía de quien no acepta más criterios que el propio. Para “apuntar” bien contará con la experiencia de alguien que le indique cuánto tensar la cuerda, cómo sostener el arco, cómo concentrarse en lo importante. Desde fuera, alguien podrá decirnos dónde están llegando nuestros tiros y corregirnos con voz amable y segura: más arriba, más a la derecha, más a la izquierda..., cuidado con el viento... Es lo que intentan hacer los padres, los buenos educadores y amigos, un sacerdote o quien nos aconseja en nuestra vida cristiana

La docilidad con que acojamos tanto las sugerencias de quien nos quiere como las mociones de Dios en el alma es clave para llegar al destino deseado. Para dar en el blanco hemos de apuntar al centro de la diana, pero podemos distraernos y mirar hacia cualquier lugar, desentendiéndonos de las señales y advertencias. No es suficiente, pues, conocer el proyecto: es necesario esforzarse por buscarlo en cada momento, perseverar y pedir ayuda.

Tantas veces no logramos cambiar lo que nos sucede, ni modificar nuestro modo de ser. La actitud ante estas limitaciones, sin embargo, puede ser muy variada, y de ella dependerá en buena parte la alegría que tengamos y podamos dar a otros. El estilo de nuestras reacciones, las formas de actuar y de proceder marcan nuestra personalidad. Cada pensamiento y deseo, las palabras, los gestos, la mirada y la sonrisa se llenan del aire que respiramos. Y ese “aire” nos impulsa a comenzar el día y cualquier actividad teniendo en cuenta el final *In omnibus respice finem*, dice un antiguo lema heráldico: en todas las cosas, ten la mirada fija en el fin. En el trabajo, en el descanso, despiertos o dormidos, somos siempre los mismos, con una identidad única que no se destruye, y que no tendría sentido ocultar: el miedo a mostrarnos como somos sería síntoma precisamente de una identidad vacilante. El cristiano ve a Dios como un Padre y no se preocupa tanto por lo que espera de la vida como por lo que Dios y la vida esperan de él.

Si nos preguntamos con frecuencia qué quiere Dios de nosotros y procuramos complacerle, nos hacemos más hombres o mujeres; ganamos en coherencia: no solo sabemos quiénes somos, sino cómo actuar en cualquier circunstancia; nuestra identidad madura en las ocupaciones, y crece con nuestras características personales. Estamos felices de ser nosotros y felices de hacer lo que hacemos. La

relación con Dios queda marcada por la filiación y la confianza, aun cuando haya cosas que no entendamos, o fragilidades personales. Nuestro “carné de identidad cristiano” coincide con el de Jesús y lleva también su cruz por distintivo^[2]. Conociendo a Cristo nos conocemos mejor a nosotros mismos. Mirando a Cristo, y con su ayuda poderosa, daremos en el blanco.

La pauta segura del Padrenuestro

Jesús es nuestro modelo, con su vida y sus enseñanzas. De él recibimos el nombre de cristianos y nuestra oración propia, el Padrenuestro^[3], que es una pauta excelente para modelar nuestra vida y nuestro carácter. El Padrenuestro nos indica lo que debemos pedir y el orden en que hacerlo, y colma las aspiraciones de nuestra afectividad. Nuestras vivencias, las lecturas, las imágenes que capta nuestra retina, nos impulsan o nos frenan; son muchos los factores que nos hacen avanzar o nos desvían del camino. La oración nos guía en medio de esa complejidad, a la hora de escribir cada día una nueva página de la vida.

Hemos rezado muchas veces el Padrenuestro, pero siempre podemos volver a deslumbrarnos con él: reconocemos que tenemos un *Padre nuestro que está en el cielo*, no fuera o lejos, sino también muy cerca de nosotros^[4]. Y no decimos *mío* sino *nuestro*, pues ser humanos significa estar en relación con los demás. Le pedimos que su *nombre* sea *santificado*: Él, que no necesita nada, quiere ser conocido, adorado, deseado y glorificado, porque solo así se sacia el hambre de la humanidad^[5]. Proseguimos pidiendo *venga a nosotros tu reino*: el proyecto personal se ilumina con esta aspiración que se hace realidad en Cristo, en su gracia que actúa en nosotros, y nos conduce a la gloria eterna. «La identidad cristiana, que es ese abrazo bautismal que nos dio de pequeños el Padre, nos hace anhelar, como hijos pródigos -y predilectos en María-, el otro abrazo, el del

Padre misericordioso que nos espera en la gloria»^[6]. *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*: haz que crezcamos hacia ti, cimiento y meta de nuestra identidad. El éxito o el fracaso, las alegrías o las penas se ven entonces desde esta perspectiva.

Nos reconocemos como criaturas necesitadas de bienes materiales, del *pan nuestro de cada día*. Además, en un plano superior, ese pan se refiere a la Eucaristía, Jesús mismo que nos invita a recibirle. En la Misa, acabada la Plegaria eucarística, el sacerdote se dirige a los fieles diciendo: *nos atrevemos a decir...* y reza entonces con los demás la oración que el Señor nos enseñó. *De cada día*: hoy y ahora es el momento para decidirse por Él, para afinar en la vida y tocar la música de Dios, para perdonar y no guardar resentimientos. ¿Cómo no sentirse interpelado por las palabras que salieron de su boca: *perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*? En un país con pocos creyentes, durante unas clases del idioma local para extranjeros, la profesora preguntó a un alumno cristiano: “¿qué hace Dios?”, mientras señalaba en el diccionario la palabra “castiga”. Aquel estudiante se vio metido en un apuro, porque aunque la afirmación de la profesora le parecía injusta, no tenía la suficiente soltura para dar muchas explicaciones. Con todo, y para sorpresa de los presentes en el aula, consiguió dar con la palabra: “Dios perdona”. Nosotros pedimos a Dios que nos haga partícipes de esa cualidad tan suya, con la que nos parecemos a él.

Terminamos diciendo *no nos dejes caer en tentación y líbranos del mal*. Deseamos que Dios nos colme de su amor, de su misericordia, que no consiste solo en perdonarnos, sino en mostrarnos los peligros del camino. Dios nos señala, con su Iglesia, qué cosas evitar. Las bienaventuranzas del sermón de la montaña desgranar un programa exigente,

pero de vida buena y serena Por contraste, el pecado no solo ofende a Dios, sino que nos daña y nos quita la paz, porque nos divide el corazón, y «nadie puede servir a dos señores»^[7] Por eso, es un motivo de agradecimiento que nos aconsejen dónde poner el pie para escalar seguros, dónde asentar nuestras esperanzas para verlas colmadas. Con la oración, nuestra identidad echa raíces profundas; descubrimos que nuestra vida es un diálogo continuo con Dios Y «si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?»^[8]

Jugárselo todo a una sola carta

Se eleva la mirada y suben nuestros pasos hasta el cielo. Sabemos que «el Señor nos ha pedido todo el amor, toda la vida, todo el corazón, toda la inteligencia; y es preciso responder sabiendo jugarse todo a una sola carta, la carta del amor de Dios. Señor, yo te amo porque me da la gana de amarte»^[9]. La identidad cristiana se forja en la correspondencia a lo que Dios nos da y nos pide, en el seguimiento de la propia vocación Cada una de nuestras acciones, las relaciones interpersonales de amistad o de trabajo, han de llevar este sello: la identidad necesita de la coherencia con la llamada que el Señor nos ha dirigido.

La madurez es una tarea que no termina nunca, y por eso formarse es aprender a vivir como lo que uno realmente es. Quien desea ganar en un juego o en una apuesta tiene en cuenta muchos factores y suele no arriesgar demasiado. En el andar cristiano, en cambio, nos abandonamos en Dios. La vida entera adquiere significado con ese objetivo: el amor a Dios, imposible sin un efectivo amor a los demás, unifica el modo de ser. Cuando descubrimos una misión clara, que nos llena, agradecemos a quien nos la ha hecho ver, y ponemos en él nuestra confianza. La identidad bien arraigada lleva a jugárselo todo de una vez y para siempre. Esta es «la arriesgada seguridad del cristiano»^[10]

La meta de nuestra vocación cristiana es la identificación con Cristo. Si somos coherentes, naturales y sencillos, le reconoceremos, pues él alaba a aquellos en quienes «no hay doblez»^[11] Por contraste, «todo lo enmarañado, lo complicado, las vueltas y revueltas en torno a uno mismo, construyen un muro que impide con frecuencia oír la voz del Señor»^[12]. Desarrollar la identidad es destruir esos muros, que se presentan como falsas seguridades; quitar las barreras que nos alejan de los demás y de Dios. En Jesús se unen la tierra y el cielo; identificarse con él es encontrar la verdad sobre nosotros.

Una identidad sobrenatural

Todo lo que hacemos, la alimentación, el trabajo, las relaciones familiares y sociales, lleva el sello de lo humano, con notables similitudes en las más variadas razas y culturas. Solo el ser humano logra transformar sus acciones en gestos llenos de sentido. En él brilla la belleza de un cuerpo y su lenguaje, que protege con pudor, signo de identidad y espacio de libertad. Solo él convierte los instintos en tendencias, pues conoce la finalidad de sus impulsos y es capaz de dominarlos. No se deja arrastrar por fuerzas ciegas, sino que las gobierna con su inteligencia y voluntad. Solo al hombre y a la mujer los hizo Dios a su imagen y semejanza^[13]: los hizo personas. Quiso que recibieran educación y maduraran poco a poco; quiso, sobre todo, hacerlos participar de su intimidad: construir, sobre los fundamentos humanos, una identidad sobrenatural.

Esta identidad no aísla, sino que se forma con los demás y hacia los demás, nos lleva a olvidarnos de nosotros y a mirar hacia afuera. Lo vemos en el bebé que, a los pocos meses, ya no se preocupa solo de su dedo: reconoce el rostro de la madre, sonrío; más adelante descubre que no es el único “rey” en el mundo; deja de reclamar todo y de decir “mío, mío”... El adolescente aprende que no puede exigirlo todo; si

quiere que sus padres le compren una bicicleta, espera... y tal vez se porta mejor antes de su cumpleaños. Aprende así el valor de la espera, que le prepara para la verdadera espera, llena de optimismo: la esperanza cristiana. Asoman progresivamente una serie de características espirituales. Nos damos cuenta de que la libertad no implica solo capacidad de elegir, sino también responsabilidad: algo o alguien pide de nosotros una respuesta. El cultivo de la propia personalidad no consiste entonces primariamente en completarse a uno mismo, sino en desarrollar nuestra apertura a los demás y en potenciar todo lo que podemos aportarles. La tarea inicia en el hogar, en la familia, «donde reina una básica y cariñosa confianza, y donde siempre se vuelve a confiar a pesar de todo»^[14]; donde cada uno y cada una sabe quién es y qué puede hacer por los demás.

El asombro ante un diseño tan especial sale al encuentro de la pregunta por el sentido de la existencia: *¿Quién soy?* Nuestra identidad frágil de criaturas descansa en la identidad plena que solo Dios posee. Lo entendieron bien nuestros primeros hermanos en la fe: «los cristianos están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo»^[15].

Wenceslao Vial

[Volver al contenido](#)

^[1] *Mt* 19, 29.

^[2] Cfr. Francisco, Homilía en Santa Marta, 26-XI-2014.

^[3] Cfr. *Mt* 6, 9-13.

^[4] Cfr. San Josemaría, *Camino*, n. 267.

- [5] Cfr. Benedicto XVI, Homilía, 11-IX-2011.
- [6] Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), n. 144.
- [7] *Mt* 6, 24
- [8] *Rm* 8, 31.
- [9] San Josemaría, *Apuntes de una reunión familiar*, 30-XI-1960 (AGP, biblioteca, P01, 1969, p. 265)
- [10] *Es Cristo que pasa*, n. 58
- [11] *Jn* 1, 47
- [12] *Amigos de Dios*, n. 90.
- [13] Cfr. *Gn* 1, 26.
- [14] Francisco, Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, 19-III-2016, n. 115.
- [15] *Carta a Diogneto*, 5 (PG 2, 1174).

EPÍLOGO

Hemos visto algunos signos de la madurez sobre los que se edifica piedra a piedra nuestra vida. Los conceptos psicológicos han aparecido entrelazados a las virtudes, que dignifican al ser humano, pues lo hacen llegar a la plenitud. Si tomamos la imagen de una pirámide, diríamos que se crece armónicamente, sustentados en la fe. Con esta fe se recibe la confirmación de que somos criaturas, de que hay un Dios inteligente y amable que nos ha dado una misión en la vida. Y es esta la identidad más cierta que nos llena de alegría.

Se entiende ese comentario de un amigo: “qué suerte tienes de creer en Dios”. Mucha gente que no posee la fe se esfuerza por ser fiel y leales a sus compromisos familiares, de estudio o laborales. También ellos están en camino de madurez, porque actúan con responsabilidad. Las características de una personalidad madura se pueden encontrar en cualquier persona, y no son distintas de la madurez cristiana. El cristiano “corre” sin embargo con ventaja, pues tiene un modelo, Cristo, que lo favorece. No se queda sólo en la imagen que le ofrece un espejo, sino que mira a una persona e intenta parecerse a ella. En Jesús encuentra la roca firme en que apoyarse y las claves para descifrar los dilemas de su existencia, que incluyen el sufrimiento. Aspira a cantar como san Pablo: «he peleado el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la merecida corona que el Señor, el Justo Juez, me entregará aquel día; y no sólo a mí,

sino también a todos los que han deseado con amor su venida» (2 Tm 4, 6-8). Sin fe en un futuro eterno, es más fácil dejarse llevar por los bienes aparentes, por chispas de placer, o caer en la desesperación.

En la construcción de la “pirámide”, surge luego el bloque central de la esperanza, indispensable para actuar con autonomía. Sólo la confianza de acabar una tarea nos predispone a buscar los medios y ponernos manos a la obra. Quien espera se lanza a la conquista del tiempo que tiene por delante, sin detenerse a rumiar el pasado. Somos capaces de tomar distancia de los sucesos, afrontarlos con menos drama y buen humor, sobreponiéndonos a las contrariedades. Si algo sale mal, recomenzamos y aprovechamos los “desastres”, como cuentan que hizo el cocinero de un emperador austriaco que había planeado el mejor de los postres y se encontró con una masa retorcida y quebradiza. Sin desaminarse echó mano a su inventiva y la sirvió mezclada con salsa de fruta. Tan alabado fue que su memoria llega hasta hoy en el conocido dulce *Kaysershamren*.

Quien vive cara a Dios y espera en él da menos importancia al qué dirán, si hace algo mal admite la culpa y pide perdón. Reemplaza la vergüenza por el arrepentimiento y recomienza. Dispone también para ello del sacramento de la misericordia o confesión. Es capaz de tomar decisiones definitivas en su vida, como el matrimonio o una vocación de entrega total a Dios, y protegerlas aún en momentos de tormenta. Sabe que hay alguien a quien se puede dirigir, alguien que le quiere, a quien responder. Los cristianos no nos quedamos en un proyecto individual solitario, en una autonomía egoísta, absoluta e irreal, sino que «deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos

con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás»^[1].

En la cúspide de la “pirámide” situamos a la caridad. El amor a Dios y a los demás coronan el edificio de una existencia colmada, y permiten el amor a uno mismo, la sana autoestima que sirve de pauta y medida del amor a los demás. Desde estas alturas, se advierte con más claridad que el ambicioso proyecto de la madurez cristiana —la santidad— es apertura y búsqueda del otro para hacerle partícipe de nuestra alegría: «Por su misma naturaleza, la vocación cristiana es también vocación al apostolado... De un miembro del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, que no contribuya activamente según su condición al crecimiento de ese cuerpo, debe decirse que no aprovecha a la Iglesia ni a sí mismo»^[2].

Si desde la afinada cima del monumento la mirada se vuelve hacia el interior, se ven tantas cosas de valor y también las limitaciones; la vista traspasa cada piso y todo aparece en la perspectiva adecuada. La fe, la esperanza y la caridad llevan al abandono confiado unido al esfuerzo personal por adecuarse a Jesús como modelo. Se contempla la tierra, el cielo y sus estrellas, nuestro propio ser y la ley de Dios grabada en el corazón. Se entiende que la única autorrealización posible y que vale la pena es hacer el bien cara a Dios y a los demás. Lanzarse a volar.

Terminamos este recorrido por la personalidad madura de un cristiano, confiando en que lo dicho ayude a la estupenda tarea que tenemos por delante, hasta ser quienes somos... Así se expresaba san Josemaría: «Me veo como un pobre pajarillo que, acostumbrado a volar solamente de árbol a árbol o, a lo más, hasta el balcón de un tercer piso..., un día, en su vida, tuvo bríos para llegar hasta el tejado de cierta casa modesta, que no era precisamente un rascacielos... Mas

he aquí que a nuestro pájaro lo arrebató un águila —lo tomó equivocadamente por una cría de su raza— y, entre sus garras poderosas, el pajarillo sube, sube muy alto, por encima de las montañas de la tierra y de los picos de nieve, por encima de las nubes blancas y azules y rosas, más arriba aun, hasta mirar de frente al sol... Y entonces el águila, soltando al pajarillo, le dice: anda, ¡vuela!... ¡Señor, que no vuelva a volar pegado a la tierra!, ¡que esté siempre iluminado por los rayos del divino Sol —Cristo— en la Eucaristía!, ¡que mi vuelo no se interrumpa hasta hallar el descanso de tu Corazón!»^[3].

Wenceslao Vial

[Volver al contenido](#)

^[1] *Evangelii gaudium*, n. 269.

^[2] Concilio Vaticano II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

^[3] *Forja*, n. 39.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

Alfonso Aguiló, *Educación el carácter*, Palabra, Madrid 2001.

Javier de las Heras, *Conoce tu personalidad. Por qué eres como eres*, La Esfera de los libros, Madrid 2010.

Guillaume Derville, *Amor y desamor. La pureza liberadora*, Rialp, Madrid 2015.

Javier Cabanyes, Miguel Ángel Monge (eds.), *La salud mental y sus cuidados*, Eunsa, Pamplona 2010.

Jutta Burggraf, *Libertad vivida con la fuerza de la fe*, Rialp, Madrid 2012 (6.^a).

Francisco Fernández-Carvajal, *Para llegar a puerto. El sentido de la ayuda espiritual*, Palabra, Madrid 2010.

Aquilino Polaino-Lorente, Javier Cabanyes, Araceli Pozo, *Fundamentos de psicología de la personalidad*, Rialp, Madrid 2003.

Enrique Rojas, *¿Quién eres? De la personalidad a la autoestima*, Temas de Hoy, Madrid 2002 (8.^a).

Fernando Sarráís, *Aprendiendo a vivir: el descanso*, Eunsa, Pamplona 2011.

Javier Schlatter, *Ser felices sin ser perfectos. Estrategias de cambio para un anancástico*, Eunsa, Pamplona 2010.

Joan Baptista Torelló, *Psicología y vida espiritual*, Rialp, Madrid 2008.

Wenceslao Vial, *Madurez psicológica y espiritual*, Palabra, Madrid 2016.

[Volver al contenido](#)